

REVISTA LITERARIA KATHARSIS

Más allá de la muerte

Luz Elena Eusse López



Digitalizado por Katharsis

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Rosario R. Fernández

rose@revistakatharsis.org

“MÁS ALLÁ DE LA MUERTE”

NOVELA ORIGINAL

DE

LUZ ELENA EUSSE LÓPEZ

ÍNDICE

	Pág.:
AGRADECIMIENTO	4
PRÓLOGO	5
CAPÍTULO UNO	7
CAPÍTULO DOS	35
CAPÍTULO TRES	51
CAPÍTULO CUATRO	66
CAPÍTULO CINCO	85
CAPÍTULO SEIS	102

AGRADECIMIENTO

A DIOS, NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, por darme la capacidad de escribir.

Que todas mis obras sean para Tu Honor y Tu Gloria.

Luz Elena Eusse López

PRÓLOGO

Este joven campesino se levantaba al alba. Sin bañarse, ni peinarse, desaliñado como vivía, corría al cementerio de la vereda. Allí pasaba el día llorando frente a la tumba de su amada.

Hacía muchos años que Sarita había muerto pero Andrés nunca lo aceptó. A diario visitaba su tumba, quedándose en el cementerio hasta altas horas de la noche cuando su familia iba en su busca.

Los campesinos sentían verdadera lástima por el joven de 15 años pero más pena sentían por su padre, ya que el hijo no le ayudaba en las labores campesinas desde que muriera la niña de sus compadres, Matea y Joaquín: Sarita, la joven que no pudo resistir tan dura enfermedad y que un día cualquiera, a sus 10 años, se quedó dormida para siempre.

Nadie en Tierra Alta, la vereda que habitaban, tenía idea del amor infantil que Andrés y Sarita se profesaban, desde que ella había nacido 5 años más tarde que él. Sus padres siempre los veían juntos. Pensaban era cariño fraternal el que se profesaban. Los niños, ella de cinco y él de 10 se amaban con la pureza de la infancia, prometiendo casarse cuando fueran adultos. Sarita siempre tomaba el

tema como un juego más. La verde pradera fue testigo de los tiernos amores de dos niños campesinos que anhelaban realizar su más ferviente deseo: Casarse cuando tuvieran edad para ello pero la terrible enfermedad que Sarita comenzó a sufrir a los 5 años se la llevó para siempre, dejándolo sumido en un mundo de soledad y tristeza. Época bastante dura y triste para el joven enamorado.

El joven alegre de 15 años murió con ella para dar paso, no obstante sus pocos años, a un adulto lleno de amargura.

El cementerio se convirtió en su hogar. Muchas veces se quedaba dormido al pie de la tumba. El enterrador se admiraba cada día más por el profundo amor que aún después de muerta, Andrés profesaba a Sarita.

Los habitantes de Tierra Alta lo rechazaban porque creían que estaba loco. Además, al verlo sucio, cabizbajo y llevando en el hombro el pajarillo que en otro tiempo fuera la mascota de Sarita, un hermoso canario que le regaló cuando cumplió sus 8 años, no le hablaban. Cuando se encontraban con él sentían temor, sobre todo las muchachas, que se alejaban temerosas sin saber el dolor que inundaba el alma del pobre Andrés.

CAPÍTULO UNO

Cuando el hijo varón de Mariano Osorio, ya de 45 años y Emilia Escobar de 37 nació, hubo fiesta en aquella casa campesina, Santa Rita. Era grande, pintada de blanco, su piso de cemento, la gran cocina con el fogón de leña, hasta donde llegaban los perros y gatos esperando las migajas que les daban sus amos, sus bancas donde se sentaban para hacer sus comidas, era el sitio predilecto de la familia, ya que pasaban mucho tiempo contando las experiencias vividas en el campo con los sembrados y el ganado. Al no tener trabajadores, ellos mismos tenían que hacerlo. Su patio lleno de flores, sus amplias habitaciones donde las cuatro hijas mayores de la familia dormían plácidamente. Detrás del jardín, se veían árboles frutales como tomate de árbol, granadillas, mangos, papayas, naranjas, limones, uchucas y mamoncillos.

Al lado de las frutas estaba el huerto con los sembrados de yuca, arracacha, coles, fríjoles, papas, tomates, cebolla, lechuga, cidras y zanahorias.

A lo lejos se veía una extensa montaña. La grama era de un hermoso verde oscuro. En la parte superior se observaba una piedra inmensa donde, a veces la familia, subía para hacer un día de campo, como ellos decían. Llevaban el almuerzo y todos reunidos comían. Pasaban la tarde en amena charla en

compañía de los compadres y sus hijos.

Detrás de la montaña había un bosque lleno de pinos, donde las gallinas hacían sus nidos. Hasta allí debían ir las niñas, tanto en la mañana como en la tarde a recoger los huevos. Labor que no les gustaba a las mayores. Por eso era Lola, la menor de la familia quien debía hacerlo porque las demás se lo ordenaban.

Roberta de 15 años, Luisa de 13, Rosa de 11 y Lola de 9, eran campesinas fuertes. Algo obesas, altas, morenas, sus pómulos redondos, su cabello largo recogido en una trenza como buenas hijas del campo. Enseñadas a las duras labores de la tierra porque al no haber hombres en la familia, lo lógico es que ellas se encargaran de ayudar a su padre. Era así como ordeñaban, sembraban los cultivos, atendían el poco ganado que tenían, hacían las cobijas de retazos para abrigarse en las duras noches de invierno, llevaban la comida a los cerdos que engordaban para la venta. Recogían los huevos para el desayuno. Fuera de esto, ayudaban a Emilia en las labores de la casa.

Su único pasatiempo, era sentarse por las noches, a contar sus chistes insulsos sin una pizca de gracia, pero, para la familia eran graciosísimos y gozaban con ellos. Las dos mayores se ruborizaban cuando su padre les decía que debían casarse, no obstante su poca edad, para que le dieran varoncitos que ayudaran en las labores. En otros de sus momentos, en vez de sus chistes flojos y sin gracia, como buenos campesinos, tocaban el tiple y la guitarra, ya que todos aprendían, a oído,

a tocar estos instrumentos. Nadie les había enseñado, pero lo llevaban en la sangre, el alma y el corazón. Al compás de los ritmos bailaban y cantaban, haciéndolo bastante bien.

Otras veces visitaban a sus vecinos Matea López y Joaquín Eusse que vivían a muy pocos pasos de ellos. Solamente tenían dos hijos varones: Arturo de 10 y José María de 15 años.

Las dos familias unidas, disfrutaban una amena velada hasta las 9 ó 10 de la noche, hora que para ellos era tardísimo. Al día siguiente volvían a la misma rutina. De esta forma sus vidas se alejaban rápidamente de la niñez que nunca pudieron disfrutar, ya que las mujercitas de la familia comenzaron a colaborar con sus padres desde que habían cumplido sus cinco años: Cargaban agua, recogían huevos, cuidaban del huerto. Así, poco a poco, iban aprendiendo todo lo que se refiere al campo.

Quienes más gozaban de las veladas eran Rosa y Lola en compañía de Arturo y José María que parecían atraerse. Sus padres no se daban cuenta de ello.

Emilia estaba embarazada. Esperaba su quinto hijo y la familia estaba muy animada. Todos le decían: Tiene que tener un varoncito. Ella solo pensaba: Como si esto dependiera de mí. En los ratos libres las hijas tejían la ropa para su

hermanito.

Ya faltaba poco para el nacimiento y se peleaban buscando un nombre para el bebé porque estaban plenamente seguras de que sería un niño.

Unas decían que se llame Jorge, otras, Marcos, o Jesús, pero su madre dijo una noche muy seria: -El niño se llamará Andrés como mi padre, si es una niña la llamaremos Sarita como mi madre, los padrinos serán Matea y Joaquín.

Al fin llegó el esperado día del parto y nació Andrés. Hermoso niño de color blanco, ojos azules y cabello negro. El llanto del bebé se convirtió en la música familiar. A cada quejido del niño corrían las cinco mujeres para atenderlo.

El día del bautismo hubo gran fiesta en la finca Santa Rita. Invitaron a todos sus amigos compartiendo felices hasta el otro día. A partir de este momento, el varoncito de la familia se llamaba Andrés Osorio Escobar.

Andrés crecía sano y hermoso. Mimado por todas las damas de la casa, lo cual enojaba muchísimo a Mariano, porque con tantos halagos el niño no serviría para las labores campesinas. Las cinco mujeres le respondían que el nene, como le decían, iría a la escuela de la vereda y se convertiría en un hombre de letras. El padre nada decía, pero la idea de perder una ayuda más en las faenas del campo no le agradaba.

El niño era sumamente inteligente e inquieto. Los polluelos le tenían miedo, las gallinas lo picaban porque trataba de quitarles los huevos del nido. A sus 4 años Andrés era hermoso, macizo, su cabello negro estaba un poco largo pero no le daban mucha importancia a ello, no obstante su madrina se ofreciera cada día para motilar al pequeño.

El travieso niño dañaba los pocos adornos que había en la casa, pero como era el nene nadie lo castigaba. Andrés crecía haciendo su voluntad, sin Dios y sin ley. Cuando quería algo lloraba hasta conseguirlo. Obviamente las hermanas del niño corrían a darle el objeto deseado.

Unas veces lo llevaban al campo. Mientras ellas trabajaban, él corría detrás de los terneros, o en un descuido de sus hermanas les arrancaba los sembrados de cebolla, o de lechuga. Feliz de su obra el niño se dormía cansado de correr.

Cierto día, cuando Andrés ya tenía 4 años y medio, Matea, ya de 49 años, Joaquín de 60 y sus hijos fueron de visita. Se veían radiantes. Anunciaron a sus compadres que cinco meses más tarde, Matea sería madre por tercera vez. Además, comprometieron en matrimonio a sus hijos con Rosa y Lola que ya eran mujercitas, así la unión familiar sería más fuerte. Serían compadres nuevamente ya que el hijo o hija que Matea esperaba se lo entregarían para que lo

apadrinaran.

Matea sentía grandes temores por su embarazo. Sabía que ya no estaba en edad para tener hijos. La ansiedad la dominaba. Su marido le daba bebidas aromáticas para tranquilizarla y ni aún así dejaba sus miedos.

Se desmayaba con frecuencia. Cada día amanecía con un dolor diferente. Casi no comía. Vomitaba muy a menudo. Joaquín y sus hijos hacían todas las labores de la casa para que ella reposara, pero aún así continuaba enferma.

Con sus temores e inquietudes, cinco meses más tarde nació una niña en el hogar de Matea López y Joaquín Eusse, a la cual bautizaron con el nombre de Sarita. Era delgada, morena, de cabello y ojos castaños. No comía casi y cuando la obligaban a hacerlo devolvía los alimentos. Solo tomaba la leche materna. La familia estaba muy preocupada por la niña. Pero pensaban que el pueblo de Yarumito estaba a cuatro horas a caballo de la finca e ir hasta allí con la recién nacida sería muy incómodo. Por tal motivo, le daban cuanto rama creían era buena para abrirle el apetito, pero la bebé seguía sin comer bien.

Además, a sus cinco años comenzó a sufrir unos ataques tan raros, ya que la niña se quedaba inmóvil. Parecía muerta. No movía su cuerpo que estaba rígido y demasiado frío, ni sus brazos, ni sus pequeñas piernas. La palidez de su rostro eran tanta que a veces pensaban estaba muerta. Estos ataques le duraban como

cuatro horas. La primera vez que le dio, estaban totalmente convencidos que la niña había muerto. Muy tristes se prepararon para llevarla al pequeño cementerio de la vereda, en un rústico cajón de madera hecho por Joaquín a gran velocidad. Horas más tarde lograron llegar con el cortejo fúnebre compuesto por la familia de la niña, sus compadres e hijas y el pequeño Andrés, que a sus 10 años, lloraba sin consuelo la pérdida de su amiguita. Sarita comenzó a moverse dentro del cajón. Lo abrieron para ver si era algún animal que se había metido. La sorpresa y el susto que les dio cuando la chiquilla comenzó a llorar fuertemente fue grande. Las hijas de Mariano se desmayaron del susto, los hermanos de Sarita corrieron lejos del cajón. Sólo quedaron los cuatro adultos con Andrés, que feliz, se acercó a su amiguita y tomándola en sus brazos emprendieron el regreso a casa.

Cuando los presentes reaccionaron siguieron a Andrés. Se preguntaban extrañados qué había sucedido, mas no encontraban ninguna explicación.

Dos meses más tarde Sarita sufrió otro ataque. Nuevamente corrieron con ella. Cuando la iban a meter en la bóveda, la niña comenzó a llorar y de inmediato la desenterraron regresando a casa.

A medida que la niña crecía los ataques se hacían más frecuentes, duraban casi un día. Acostumbrados a esta enfermedad tan rara, esperaban a que despertara

sin que nadie corriera con ella al cementerio. La cobijaban dejándola tranquila hasta que despertara o llorara. Al fin se acostumbraron a ver crecer una niña delgada y muy pálida, no obstante vivir en un clima tan frío.

Joaquín y Matea sentían envidia de sus compadres Mariano y Emilia. Tenían cuatro hijas mujeres fuertes, bien alimentadas, con sus pómulos rosados. Además, estaban sanas y no sufrían ningún ataque como su niña. Jamás demostraban la tristeza que sentían por tener, como hija única, una niña enferma.

Para Andrés, la chiquilla era una muñeca. Cada mañana, a sus 5 años, se iba para la casa de sus vecinos. Pasaba todo el día cargando a la niña. Sus padres y padrinos lo dejaban tranquilo. En las horas de la noche lo llevaban de regreso a su casa.

Cuando la niña pudo caminar se convirtió en la compañera de juegos de Andrés. Corrían por la casa quebrando todo lo que encontraban a su paso. Si antes los polluelos temían al muchacho, ahora sentían pánico por los dos niños que no los dejaban en paz.

La familia creció porque las cuatro hermanas de Andrés se habían casado. Las menores con los hermanos de Sarita, por eso decidieron unir las dos fincas en una sola. Todos conformaban una sola familia. Los que más gozaban con esta

unión eran los dos niños que ya no se separaban ni para dormir, porque la chiquilla siempre pedía estar al lado de su amiguito. Sus padres le daban gusto. En la alcoba de Matea y Joaquín dormían los menores bajo el cuidado de ellos.

Sarita crecía pero continuaba siendo una niña débil y delgada. Además comía muy poco, por eso su progreso físico no se notaba.

Los niños se iban solos a jugar en el campo. Corrían, perseguían el ganado, arrancaban los sembrados, recogían los huevos pero al llegar a casa ya los habían quebrado casi todos. El tierno amor entre ellos era evidente pero sus padres no lo sospechaban. Todos los días uno de los hermanos los llevaba a las 7 de la mañana hasta la escuela que quedaba bien retirada de la finca. Era una hora a caballo. Ellos felices disfrutaban del viaje. Al regresar, hacían sus tareas prontamente para irse a jugar.

Cuando los niños estaban en el campo, unas veces se sentaban a conversar jurándose amor eterno, lleno de la pureza y candidez que solo se tiene en la niñez.

Andrés le decía que cuando ella cumpliera sus 14 años se casarían y harían su casa aparte. No viviría con tanta gente al lado. O a lo mejor se irían a vivir al pueblo ya que no deseaba ser un campesino, quería ser un poeta para dedicarle

todos sus versos a ella.

A sus 10 años Andrés ya había escrito varios poemas a su amada Sarita, que con sus 5 años, apenas entendía lo que él decía. Pero muy animada como si fuera un juego reía feliz diciéndole que sí a todo.

La vida en el campo era dura. Su familia trabajaba muy fuerte. Además, los hijos de sus hermanas lloraban bastante lo cual desesperaba a Andrés, por eso se alejaba llevándose a Sarita con él.

Andrés le enseñó a nadar, a recoger flores, le ayudaba con sus tareas, la peinaba. Juntos corrían por la vida como si el mundo les perteneciera solo a ellos dos.

Él presentía que su amiguita estaba enferma. Nadie se lo había dicho. ¡Pero la niña era tan delgada y sus hermanas tan obesas! Estaba preocupado. Creía que todas las mujeres eran iguales a su mamá y hermanas. Además, esos mareos que le daban en la escuela lo asustaban mucho.

Los padres de Sarita decidieron llevarla al médico. Después de examinarla les ordenó los exámenes que debían hacerle para saber la causa de los mareos. Ellos, campesinos fuertes que no creían mucho en los galenos, sino en sus propios remedios caseros, se devolvieron hacia la finca pensando en las ramas que darían

a su hija para mejorarle la salud.

Así era la vida de los niños enamorados: Tranquila, iban a la escuela, pasaban todo el tiempo juntos haciendo sus travesuras. Andrés se desvivía por atenderla. Tengo que cuidarla mucho, se decía, cuando seamos grandes será mi esposa y la querré siempre. Le daré una vida menos dura que la del campo.

La niña cumplió sus 8 años y el regalo de Andrés fue un hermoso canario, el cual amaestró para que la siguiera en el hombro a todas partes. Ella, inclusive, iba a la escuela con él y el hermoso pajarillo nunca se escapaba. Le regalaba hermosas melodías. El canario se convirtió en su segundo compañero. Cuando salían a jugar en el campo siempre iba con ellos.

Andrés le contaba graciosos cuentos e historietas que la hacían reír. Le enseñaba cómo cazar, hacer fuego con dos piedras, buscar agua para los conejitos y ardillas. Juntos ordeñaban y hacían quesos que se comían tan pronto como los terminaban. Corrían, brincaban, saltaban. Vivían dichosos en su mundo infantil. Recogían grandes cantidades de flores que llevaban a sus mamás, quienes las colocaban a la Virgen que tenían en la habitación. Nunca se peleaban entre sí, eran como una sola carne.

Andrés, al igual que sus hermanas, como buen hijo de campesinos, tocaba el tiple y la guitarra, pero a diferencia de éstas, el canto del niño era bastante agradable.

Sarita, a sus 8 años ya entendía cuando Andrés le hablaba de casarse e irse lejos de la finca. Ella tampoco quería una vida como la de su familia.

Tendrían que estudiar demasiado para que sus respectivos padres los internaran en el colegio de Yarumito. Era la única forma de salir de allí. Se afanaban con sus tareas. Las calificaciones de ambos eran excelentes. No obstante la salud de la niña, ésta estudiaba con ganas. Era muy inteligente y despierta, aprendía rápidamente. Cada día se veía más y más delgada. Sus padres solo decían que era la constitución y no hacían caso, pero los ataques de catalepsia continuaban, cada vez duraban más.

Su cumpleaños número 9 lo pasó en la cama con vómitos, mareos y sin comer nada ya que no podía.

Al otro día se vistió para ir a la escuela, pero al llegar al patio donde la esperaba Andrés con el canario, la niña se desmayó nuevamente. Sus padres, ahora sí bien asustados, la llevaron al médico del pueblo quien la dejó hospitalizada. A los dos días, después de rigurosos exámenes el galeno les dijo que su hija tenía anemia porque no comía, además, sufría ataques de catalepsia, seguramente causados por el duro embarazo de Matea, ya que no comía, no dormía, y siempre vivía enferma.

Tal vez con el paso del tiempo no se repetirían. Debían dejarla tranquila cuando esto sucedía.

Sarita tenía su salud cada vez más deteriorada. Fuera de los ataques de catalepsia y la anemia, sufría de jaquecas debido a su debilidad.

Andrés dedicaba todo el día a cuidar de la enferma, que escasamente, se levantaba a ratos obligada por su amado compañero de juegos. El canario no se separaba de la cama de Sarita.

El niño la llevaba de paseo a la hermosa pradera donde se juraban amor eterno. Le hacía prometer que mandaría por él tan pronto estuviera al lado de Dios Nuestro Señor. Ella le decía que así sería. Su amor seguiría más allá de la muerte.

Andrés no se imaginaba la vida sin su amada. Se internaba en el bosque a llorar junto a las matas de Margaritas. Pensaba que su Sarita ya no florecería para él. Con más ganas daba rienda suelta a su llanto. Otras veces se dirigía a la fuente cristalina donde siempre se juraban amor eterno. Contaba las estrellas, los árboles y las flores. Pensaba que si de él dependiera daría su vida por la de ella. Pero sabía que había un Dios en las alturas que nos manda y dirige en todo momento. Le suplicaba que a su niña no se la llevara aún, que les permitiera

vivir su amor, que con el paso de los años se haría más y más intenso para gloria de Él.

Sabía que Dios lo escuchaba porque lo sentía en su corazón de niño y una gran esperanza renacía en su alma. Regresaba tranquilo a su casa sentándose junto al porche hasta que amanecía.

Desde que ella enfermó, Andrés no regresó a la escuela. Se volvió desobediente. Pasaba todo el tiempo al lado de la enferma leyéndole las historietas que tanto le gustaban. Le contaba que todas las estrellas que había visto la noche anterior eran mucho más luminosas que otras veces. Ella era feliz con los cuentos de su noviecito infantil.

Los padres del joven estaban muy preocupados porque ya no sería una sola la muerta, serían dos si él seguía así.

Cierto día Andrés comentó a su familia que la amaba ciegamente y esperaban, cuando fueran mayores, casarse. Entonces comprendieron el comportamiento del joven pero nada le dijeron. No sabían dar consejos. Mariano, su padre, se enojaba muchísimo porque su hijo no le ayudaba en las labores del campo. Era lo único que le interesaba. Trataba de castigarlo haciéndolo más rebelde.

Sarita estaba muy pálida, ya no se sostenía en pie. Sufría de ataques. Se mareaba siempre. Su larga y hermosa cabellera ya no era tan tupida, comenzó a caerse rápidamente.

La anemia la estaba matando y sus padres no hacían nada por ella, creían que su medicina casera era suficiente.

Llevaba enferma más de 8 meses. No tenía alientos para levantarse. Andrés la llevaba en sus brazos al jardín para que tomara el sol mañanero.

Una noche, cuando la familia estaba reunida al pie de su cama, le pidió a Andrés le cortara su cabello guardándolo como el mejor de sus recuerdos.

Los adultos nada dijeron porque daban gusto en todo a la enferma y con la cabeza le hicieron señas al joven que cumpliera el deseo de la niña.

Tragándose su dolor cortó la trenza de Sarita prometiendo guardarla para siempre, así mismo cuidaría del canario, que al pie de su cama, cantaba tristes melodías.

Pocos días después de cumplir sus 10 años Sarita sufrió otro ataque del cual no volvía. Parecía muerta. Estaba demasiado fría. Su palidez era grande. Entonces

su familia, sin llevarla a ningún médico, dijo que estaba muerta y decidieron enterrarla en el cementerio de la vereda que quedaba cerca de la casa.

Cuando Sarita sufría esos ataques no podía moverse pero escuchaba y entendía lo que decían. Sobretudo cuando alguien comentaba: -Parece muerta o está muerta. -Hay que llamar al Sacerdote. Sentía terror y quería llorar. ¿Qué era lo que le sucedía? ¿Por qué no podía moverse? ¿Por qué no podía gritar diciendo que estaba viva?

Ojalá que este nuevo ataque pasara pronto. Pero no fue así. Su funeral se preparó para el día siguiente. Sabía que estaba en su cama amordazada, con las manos recogidas en el pecho. La habían vestido de monjita. Escuchó decir a su madre que así debía ser enterrada.

Ella sabía muy bien lo que esto significaba: La meterían viva en una bóveda y no podría salir de allí. Lloraba en su interior, quería gritar, decirles que le dieran más tiempo para salir de ese estado, mas no podía.

Sus padres no lloraban. Escuchaba cuando decían: - Siquiera que Mi Dios se acordó de la pobrecita, ya que se paraban junto al féretro. - Tan enferma iba a sufrir mucho en este mundo. Sus padrinos y demás familiares se saludaban con los vecinos que fueron al velorio de ella.

El único ser que realmente mostraba dolor por lo que estaba sucediendo era Andrés. ¡Qué gran amor!

Cuando saliera de ese cajón le diría que se la llevara lejos, a las montañas donde su familia no la volviera a enterrar. No sabía cuánto tiempo había pasado. Sólo sintió que cerraron el cajón donde la tenían. Todo fue oscuridad.

Sentía cómo transportaban el féretro y ella aún no despertaba. Después escuchó que alguien dijo: - Llegamos al cementerio. A los pocos minutos descargaron el cajón para que el sacerdote le diera la última bendición.

Sarita ya no podía resistir más el pánico que sentía. Definitivamente la iban a enterrar viva. ¿Pero qué era lo que le sucedía? ¿Por qué no podía moverse aún si las otras veces los ataques no eran tan largos? Después de las oraciones sintió cuando metían el cajón en la bóveda. Oía a su papá diciéndole al enterrador que no la tapara hasta el día siguiente porque quería hacerlo personalmente, era demasiado tarde para comenzar. Éste así lo prometió. Escuchó los pasos de la gente retirándose de allí. La dejaron sola entre una bóveda aún estando viva. Todavía no se movía. Luchaba, se esforzaba pero no podía.

Como a los 10 minutos de luchar y rogarle a Dios que la sacara de allí sintió cómo una de sus piernas se movía. Animadamente comenzó a mover todo el

cuerpo.

Sus músculos se desentumecían lentamente, ahora lo importante era salir de allí. Comenzó a intentarlo. Golpeó el féretro con los puños, arañó el terciopelo de la caja con las uñas, pero nada. Le salía sangre de las manos y como se le rompían las uñas descansó. Debía descansar. Pero nada, oía su respiración fuerte, jadeante, el corazón le latía fuertemente. Gotas de sudor le caían por la frente.

Estaba agotada pero debía seguir porque muy pronto no le quedaría aire y se ahogaría. Hacia mucho rato que golpeaba la caja hacia arriba tratando de quitar la tapa pero se dio cuenta que era imposible. Luego comenzó a patear con los pies tratando de arrancar la tapa de abajo para salir de allí, pero estaba demasiado pegada para sus escasas fuerzas.

Algo caminaba por su carita delicada. Cuando mandó la mano sintió tanto terror al notar que era una cucaracha, que casi se desmaya nuevamente, pero al instante sacó fuerzas de donde no las tenía, con los pies comenzó a tocar la tapa del cajón. Tal vez alguna persona pasara pronto por allí escuchando los ruidos.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí. Casi no tenía fuerzas. Los golpes con los pies eran cada vez más lentos. Sentía que se ahogaba. Le faltaba el aire. No duraría mucho tiempo. Del desespero comenzó a arañarse el rostro, los brazos y todo el cuerpo. Sentía que la sangre rodaba por su cara y que las cucarachas la lamían.

Sarita sólo dijo ayúdenme y no volvió a moverse.

Alejandro, el sepulturero de Tierra Alta, todas las noches hacia su ronda nocturna para asegurarse de que todo marchara bien en el pequeño cementerio antes de retirarse a descansar.

Hacía bastante rato escuchaba un ruido suave como golpeando con una piedra pero no hizo caso, tal vez algún chiquillo maleducado las tiraba, como lo hacían siempre que pasaban por allí.

Como el ruido continuaba, se paró, cogió su escopeta comenzando a caminar entre las bóvedas. Cuando llegó al sitio donde Sarita estaba sepultada no pudo contener su asombro. El cajón era golpeado de adentro hacia fuera. Rápidamente lo sacó destapándolo y vio a la niña llena de sangre que con una leve voz le decía: - Ayúdeme.

Le tocó el corazón, este latía aunque muy débilmente. Estaba aterrado, la habían enterrado viva. ¿Pero cómo pudo suceder? Jamás en toda la historia de Tierra Alta se vio situación semejante. ¿Qué haría con ella? La llevaría a su casa y luego llamaría al Sacerdote para que les informara la noticia a los padres de Sarita y los demás habitantes de la vereda. Después recapitó pensando lo contrario. La verían como un fantasma, la maltratarían hasta hacerla enloquecer, entonces, como vivía solo y muy cerca de allí, decidió llevarla con él.

Llenó el cajón de piedras y lo tapó como estaba. Cargando a la niña se alejó aterrado del cementerio pensando que jamás volvería a ser enterrador. El caso de Sarita lo tenía muy triste. ¿Cómo reaccionaría cuando despertara? Tal vez enloqueció por el terror. No lo sabía, pero estaba dispuesto a ayudarla. A sus 50 años Alejandro no tenía familia, esta niña sería como su hija. Se irían lejos de allí. Volvería a su pueblo natal, o no, mejor viajaría a la ciudad, nunca había ido, ya era hora de disfrutar los ahorros hechos durante su vida, pero quedarse en Tierra Alta era imposible. Los habitantes lo conocían, sabían que era un hombre solo. Además, le decían el Doctor Tumba en son de burla. No tenía un solo amigo por causa de su trabajo. En los niños inspiraba miedo y en los adultos lástima.

La mejor solución era irse a vivir a la ciudad. Como su casa estaba tan cerca del cementerio nadie lo visitaba. Ni siquiera el médico fue aquella vez que se enfermó. Tuvo que recuperarse sin él. Esperaría unos días, no podía cargar con la niña enferma.

Al cementerio no volvió. Ninguna persona apareció por su casa. Nadie lo extrañó. Alejandro tenía una finquita muy lejos de Tierra Alta y allí se fue con Sarita. Dos días después de rescatarla, aún continuaba desmayada o no quería despertar.

Sabía que estaba viva porque el corazón le latía con fuerza. Ella, al igual que él, eran dos almas solitarias que se ayudarían. Cuando estuviera viejito, seguramente ella lo cuidaría con esmero. Algún día se casaría dándole muchos nietos que alegraran su vida. Nunca más estaría solo. Alejandro jamás conoció a sus padres. Se crió en un orfanato del cual se escapó cuando tenía 15 años dedicándose a viajar. Trabajaba en lo que fuera. Fue así como llegó a Tierra Alta 12 años más tarde. Al pedir trabajo, le dieron el de enterrador.

Al principio sentía pánico de estar allí pero tenía que comer, eso era claro. Venciendo su miedo, poco a poco, le tomó cariño a su trabajo. Los muertos eran sus amigos. Los vivos sus enemigos.

La finquita de Alejandro era muy pequeña, estaba totalmente destartalada por su abandono. Era una cabaña con dos habitaciones, una cocina y un diminuto corredor, con un patio para extender la ropa. Una, o quizá dos cuadras de terreno.

Llevaba lo necesario para cultivar su pequeño campo. Mientras éste daba sus frutos, compró bastantes provisiones, así podría cuidar de su niña hasta que estuviera en condiciones de viajar a la ciudad. La alimentaba a la fuerza a base de líquidos. El arroz, la carne y demás alimentos los trituraba mezclándolos con agua hasta quedar líquidos o en una espesa colada que le daba con sus propias

manos.

Le daba muchas frutas, lecha fresca, agua de panela, caña de azúcar, frijoles, hortalizas y demás alimentos del campo. Fue así como dos semanas más tarde, Sarita ya no estaba pálida, su rostro estaba más rellenito tomando el color sonrosado que da una buena alimentación. A pesar de todo, seguía dormida. Alejandro estaba preocupado. No sabía cómo despertarla. Se decía que debía tener paciencia hasta que ella, por sus propios medios, decidiera salir de aquel estado.

Lo único cierto es que Sarita estaba bien nutrida. Ya no tenía esas horribles pesadillas de los primeros días, cuando gritaba llena de terror, pidiendo que la sacaran de allí. Otras veces lloraba diciendo que los muertos se levantaban de las tumbas e iban hacia ella para comérsela. O se veía caminando entre las tumbas. Al mirar en cada una de ellas, en vez de personas, salían gusanos gigantes con brazos que la atrapaban devorándola. Veía en su delirio cómo, de la tierra salían los cadáveres mostrando los dientes llenos de sangre, de su propia sangre. Estaba aterrada, porque las ratas se la comían pedazo a pedazo sintiendo los mordiscos como si fueran reales, gritaba diciendo que estaba viva, que le ayudaran, pero como nadie la escuchaba volvía a perder el sentido. Cuando despertaba, un nuevo delirio volvía a su mente. Veía, con gran terror, que los árboles se arrancaban unos a otros de la tierra e iban hacia ella envolviéndola en

sus ramas, la trituraban hueso a hueso, después, llegaban los muertos y terminaban de comérsela viva, ya que lo último que despedazaban era su cabeza.

Al fin, la buena alimentación y el esfuerzo de Alejandro dieron resultados porque Sarita comenzó a llorar fuertemente. Se sentó en la cama y tapándose el rostro con sus manitas preguntaba dónde se encontraba.

Cuando Alejandro la vio sintió gran alegría. Le contó que era el enterrador de la vereda. La sacó de la tumba devolviéndola a la vida. Ahora estaban bien lejos de Tierra Alta, puesto que ella no podría volver porque tanto su familia, como sus paisanos, sentirían miedo al verla.

El la adoptaría como su hija. Cuando estuviera más recuperada viajarían a la ciudad. Conseguiría trabajo. La llevaría al médico para que la curara de esos ataques. Le prometió que jamás la enterraría. Esperaría el tiempo suficiente mientras despertaba de su sueño.

Sarita, a pesar de sus pocos años, así lo comprendía. ¿Quién iba a quererla después de estar muerta? Ni siquiera Andrés, su compañero, su gran amor desde que naciera. Nuevamente se puso a llorar sabiendo que jamás volvería a verlo.

Sus padres y hermanos no la querían mucho porque era enferma. Eso lo sabía sin que nadie se lo dijera, sentía el desprecio de ellos debido a los ataques que le daban.

Ya más tranquila, pero con el dolor de saber que para su amigo Andrés estaba muerta, comenzó su nueva vida en la cabaña, en compañía de Alejandro. Ya no tenía con quien jugar.

Corría sola por el campo. Ayudaba a Alejandro en los oficios de la casa. Éste la veía feliz sabiendo que ya estaba recuperada, no de la enfermedad, sino de tan terrible experiencia. En unos meses más podrían dejar el campo para siempre.

Sarita le pidió que antes de viajar a la ciudad, fueran a Tierra Alta, pero él se negó. Tal vez algún vecino la viera y se asustaría corriendo la voz de que ella era un fantasma. Las demás personas se alejarían de ella temerosas.

Algún día, pensaba Sarita, cuando pasaran los años volvería, contaría su terrible experiencia recuperando a su familia. Si Andrés la amaba como decía, estaba segura, la esperaría toda la vida.

Pasados tres meses la niña ya estaba totalmente recuperada. Su aspecto físico había mejorado notablemente. Estaba bien alimentada porque Alejandro la

obligaba a comer. Los ataques no habían vuelto, seguramente por toda la comida que le daba. Sus mejillas eran sonrosadas. Había crecido en este tiempo. Se había convertido en una hermosa niña de 10 años y medio.

Antes de irse para siempre debían vender la finca. Alejandro visitó a sus vecinos negociando su parcela, la cual entregaría al siguiente día. Estaban listos para dejar el campo.

Emprenderían su gran aventura viajando a la ciudad de Santa Elena. A un sitio desconocido para ambos. No tenían donde llegar, pero seguramente en la terminal de transporte les dirían donde alojarse.

Alejandro, hombre precavido guardó su dinero. Empacando sus pocas pertenencias se fueron de allí sabiendo que jamás podrían volver porque ya no les pertenecía.

Sarita estaba feliz. Jamás había montado en carro. Le parecía una maravilla viajar en autobús.

Iba contando los árboles, el ganado que veía a lado y lado de la carretera, hasta sumaba los escasos vehículos que pasaban. Tantas emociones juntas le produjeron sueño. Como ya estaba acostumbrada al cariño y protección de

Alejandro, a quien veía como un padre, se durmió en sus rodillas. Él, feliz, la cobijó con su ruana. Así siguieron el camino hasta llegar a la ciudad de Santa Elena.

Alejandro sabía que tenía que cuidar el dinero que llevaba hasta que encontrara trabajo. Tomó un autobús, el primero que pasó por la terminal de transporte. Lo único que sabía es que decía: San Julián. Tal vez era un barrio. Seguro encontrarían alojamiento mientras buscaba una casita pequeña donde instalarse.

Cuando llegaron al parque de San Julián el chofer les dijo: -¿Qué esperan para bajarse? Ya llegamos. Apresuradamente Alejandro tomó las pertenencias que llevaban. Comenzaron a caminar sin rumbo fijo por más de cuatro horas hasta llegar a un sitio bastante apartado llamado Navarrete. Ya muy cansados leyeron un aviso que decía: Se alquila habitación. Fueron allí, pagaron 8 días de alojamiento y se acostaron después de comer lo que llevaban en sus pequeños morrales.

En la mañana, saldrían a conocer la ciudad. Además, buscarían una casita en alquiler. Alejandro tenía dinero suficiente para vivir un tiempo sin trabajar porque cuando era enterrador en Tierra Alta no tenía necesidad de comprar nada. Le habían dado la casita donde vivía y en su tiempo libre cultivaba sus propios alimentos.

Alejandro sabía que prácticamente se había robado la niña. Pudo devolverla a sus padres pero no lo hizo. Se quedó con ella. Tal vez así calmaría la terrible soledad en que vivía. Estaban muy lejos de la vereda. En aquella ciudad nadie los encontraría. Con el tiempo Sarita olvidaría el campo, su familia, pero sobretodo, su amor de la niñez: Andrés.

Le conseguiría un colegio donde pudiera estudiar. Quería hacer de ella una maestra, o tal vez, ¿por qué no? Si los asuntos marchaban bien, una doctora que lo cuidara, así no tendría que pagar médico. Estaba tranquilo porque a su hija, como le decía, no le habían vuelto los ataques desde que la sacó de su tumba en el cementerio. ¿Estaría curada? Esperaba que fuera de esta forma porque así podrían vivir felices el resto de sus días.

Mientras esto pensaba Alejandro, Sarita lloraba en el fondo de su corazón la pérdida de Andrés. A su familia no la extrañaba tanto, pero a él sí. ¿Qué estaría haciendo? ¿Cómo habría tomado el asunto de su muerte? ¿La recordaría? Algún día, se decía ella, volvería y le reclamaría a su familia el haberla enterrado viva. ¿Por qué no tuvieron paciencia y esperaron un tiempo más hasta que el ataque de catalepsia pasara? El enterrador prometió darle todo el estudio que ella quisiera. Se decidió por la medicina. Cuando terminara, volvería al campo a pedirle cuentas a su familia.

La dueña de la casa donde se hospedaban era una mujer solterona y coqueta. Al saber que Alejandro era viudo, si bien no era hermoso tampoco era feo, según ella, les ayudó a conseguir una casita modesta, a comprar muebles de segunda y a instalarse muy cerca de allí para poder conquistar al hombre recién llegado del campo. Los varones de la ciudad la tenían cansada. Solo les interesaba el sexo y nada más. Esperanza era una mujer que, aunque pasada de años, porque rondaba los 55, no era fea, conservaba el atractivo y encanto de las mujeres. Morena de cabello corto y cuerpo elegante la mujer sabía lo que quería. -¿Por qué no se habrá casado? Se preguntaba Alejandro. Algún día lo sabría. En estos momentos la inquietud del hombre era saber qué había sucedido después de la muerte de Sarita, ya que al llevársela para su finquita no pudo enterarse de nada. Pero era mejor no pensar en el pasado. Ya ellos dos se pertenecían el uno al otro. Era una nueva vida la que comenzaban.

La vida en la ciudad era mucho mejor que la del campo. Allí no había televisión, cuando a los radios se les acababan las baterías, ni música, ni noticias podían escuchar. Era bien aburrido.

Aprovecharía muy bien su estancia en la ciudad. Buscaría una esposa joven y bonita que le diera muchos hijos, así su soledad habría terminado para siempre. Tenía a Sarita, pero no era sangre de su sangre. Ella sería su hija mayor.

CAPÍTULO DOS

Cuando las familias de Sarita y Andrés salieron del pequeño cementerio estaban contentas. Se decían que ella estaba mejor muerta que viva. Con esos ataques que le daban no hubiera resistido mucho tiempo. Además, les quitaba demasiado tiempo, uno que otro miembro de la familia descuidaba las labores del campo por atenderla ya que la madre de Sarita se pasaba todo el tiempo lamentando que su hija fuera una niña enferma.

Cuando llegaron a la casa, lo primero que hicieron fue recoger todas las pertenencias de la muerta y quemarlas. Horas más tarde se reunieron en la cocina para comer. Solo hasta ese momento se dieron cuenta que Andrés y su canario no se hallaba en el hogar. Nadie dijo nada, pero se preguntaban dónde estaría el joven llorando la muerte de su amiga.

Ya aparecerá, se decían sus padres. Debe estar en la pradera calmando su dolor. Debemos acostarnos porque mañana temprano hay que volver al cementerio y tapar la bóveda de la niña. Todos obedecieron yéndose a sus respectivas habitaciones.

Después del entierro de Sarita, Andrés se escondió detrás de la montaña que

rodeaba el cementerio esperando que nadie lo viera para volver. Se despediría nuevamente de su amada. Observaba cómo se marchaba la gente del cementerio. Estaba pendiente de la salida de Alejandro, el enterrador, para volver, pero el hombre no se iba. ¿Qué sucedía si siempre se iba a dormir? Era bien raro, se decía, mas no le importaba que el hombre lo viera en dicho sitio.

Entró al cementerio llevando su canario en el hombro. Como la bóveda no estaba tapada, sacó el ataúd y lo abrió. Pero cuál sería su sorpresa al verlo lleno de piedras. Estaba bien seguro que ese era el sitio, porque él mismo le colocó la cruz hecha con dos troncos. Creyó enloquecer en ese momento. Dejando tanto desorden comenzó a buscarla entre las tumbas, la llamaba llorando pero ella no respondía. Estaba muerta, él fue testigo. ¿Qué sucedió? ¿Dónde estaba el cadáver de Sarita? Parecía un loco buscándola afanosamente pero al no encontrar nada se sentó a llorar. Al fin y al cabo solo tenía 15 años y todo el derecho de manifestar su dolor.

Decidió dormir en la montaña cercana al cementerio. Conocía de memoria el lugar, sabía de una cueva donde no pasaría frío. Allí se dirigió sin entender nada. Era una noche lluviosa y tenebrosa. Los relámpagos y rayos asustaban a los más valientes, pero no a él. En su tristeza no sentía ni frío. Ni siquiera se dio cuenta que se acostó fuera de la cueva y toda el agua mojaba su atormentado cuerpo. Mientras su familia tiritaba por el frío aún estando entre las cobijas, él

camina valientemente entre los matorrales, no pensaba en que un rayo podría matarlo. Su mente estaba nublada por la muerte de Sarita y su tumba vacía.

Después de mucho pensar y no encontrar solución al problema se quedó dormido hasta altas horas de la mañana.

Cuando el canto del canario lo despertó corrió al cementerio, debía seguir buscando y así lo hizo. Le parecía muy raro que Alejandro, el sepulturero, no apareciera. Sin meditarlo mucho desenterraba ataúdes sabiendo que era un delito. Debía encontrarla. Quizá alguien la cambió de sitio cuando se fue. Seguro los padres de la niña lo hicieron. Esperaría a que llegaran. Escuchó bien claro cuando dijeron que al siguiente día tapparían la bóveda.

Como buenos campesinos cumplidores de sus obligaciones, las familias fueron a realizar su misión en el cementerio. Al ver el ataúd fuera de la bóveda y sin la muerta, unos corrieron del susto, otros se echaban la bendición diciendo que era un castigo, otros decían que alguien había robado el cuerpo. Afanosamente buscaban al sepulturero sin hallarlo porque él debía saber dónde estaba el cadáver de la niña. Cuando llegó el sacerdote se echaba mil bendiciones diciendo que era un sacrilegio profanar las tumbas, era el reposo de los muertos. Como el sepulturero no aparecía, dijeron que Alejandro la había cambiado de bóveda. Irían hasta su casa a preguntarle, pero al llegar quedaron mas

desconcertados todavía. El hombre no aparecía. Al esculcarle las pertenencias encontraron la cinta con que ataron el poco cabello de la muerta.

Los presentes se echaban la bendición diciendo: -Sacrilégio, el sepulturero desenterró la niña, la ultrajó y quien sabe donde la enterró, por eso desapareció.

Visitaron a las autoridades comentándoles el terrible sacrilégio cometido por Alejandro, quien a partir de ese momento, era buscado como profanador de tumbas. Andrés, que observaba y escuchaba desde su escondite, lloraba en silencio. Ahora ¿Cómo iba a encontrar la tumba de su amada para llevarle flores diariamente? No podría hacerlo. Allí nada tenía que hacer. Debía ir a su casa, pero no se atrevía a moverse. Tal vez aún podría encontrarla. Cuando su familia partió hacia el pueblo, se sentó frente a la bóveda donde metieron el cadáver de la niña. Llorando por largo rato no se dio cuenta que otra noche más lo esperaba rondando entre las tumbas. No sentía miedo. Por primera vez los muertos no le asustaban.

Una alta fiebre se apoderó de su cuerpo. Caminaba entre las tumbas y los muertos enterrados en la tierra. Sufrió un desmayó. En su delirio se imaginaba que cada muerto salía de su tumba diciéndole presente. ¡Qué horribles eran! Solo los huesos hablaban. Decían su nombre. Después, riendo se metían en sus tumbas. Sarita no se hizo presente. En su sueño lloraba al no encontrarla.

Otras veces, veía cómo los muertos lo llamaban. Él corría pensando en que le dirían el paradero de su amada, pero al llegar lo empujaban hacia una tumba en la tierra. Por más que gritaba diciendo que no estaba muerto, los cadáveres lo dejaban allí y se iban. Veía cómo se moría asfixiado. Este sueño sí le produjo terror pero era demasiada la fiebre que tenía para moverse. Sólo su fiel amigo, su canario, estaba junto a él.

Otras veces se veía a la entrada del cementerio contando la gente que entraba. Revisaba cada persona en busca de Sarita sin hallarla. Entonces, tanto la gente como los muertos, se ponían furiosos con él. Con palos en la mano lo golpeaban hasta hacerlo sangrar de tal forma que él, en pleno conocimiento, veía cómo se desangraba hasta quedar sin una gota del precioso líquido. Su carne, separada de los huesos, se metía en otros huesos dejándolo allí tirado sin poderse mover. Entonces gritaba de terror pero nadie acudía en su ayuda. Ni siquiera su fiel amigo, que desde un árbol, lo veía y cantaba tristemente.

Otras veces veía a Sarita, mejor dicho su esqueleto, sabía que era ella por su hermosa cabellera corta ya que él tenía la trenza, porque le hablaba con cariño besándolo, pero en uno de esos besos lo mordía tan duro, como si le arrancara la vida con esa caricia y ella volvía a la vida pero él quedaba convertido en un esqueleto, entonces ella se alejaba dejándolo en el cementerio para siempre.

Otras veces veía a su familia frente a la tumba de la niña riéndose de él por

haberse enamorado de una enferma.

O veía a la mamá de Sarita dándole garrote por haber nacido enferma. Después, todo fue tinieblas. Sudaba copiosamente.

También veía a su amada con el cuerpo lleno de culebras, que poco a poco, se le comían la carne de la cara, le sacaban los ojos, se le comían los brazos y así todo el cuerpo hasta desaparecer.

Trató de incorporarse pero no pudo. Ni siquiera sintió cuando dos hombres lo alzaron llevándolo con ellos.

Después del incidente en el cementerio, la familia regresó a sus labores en el campo pensando que Andrés volvería pronto. Al ver cómo pasaban las horas y el joven no aparecía, sí comenzaron a preocuparse. Las hermanas del muchacho decidieron buscarlo. No lo dejarían abandonado por allí. -El no es huérfano, decían a sus padres. Debemos encontrarlo y traerlo a casa. Cuando salían, los hombres las detuvieron y fueron ellos. Era de noche. Las damas no saldrían a esas horas por el campo, algún animal venenoso podría morderlas. No sabían por dónde comenzar la búsqueda, hasta que el más joven les dijo que lo lógico era iniciar en el cementerio. Allí se dirigieron encontrándolo tendido en el piso y ardiendo por la alta fiebre.

Dos de sus cuñados lo levantaron y montándolo en un caballo lo llevaron a la casa. Esa noche no durmieron tratando de curarle la fiebre al joven, la cual no cedía. A cada momento le subía más y más. En su delirio solo decía: -Amada mía llévame contigo.

Ocho días después el joven comenzó a recuperarse. Estaba muy débil. No le permitían moverse de la cama. Su numerosa familia le decía que pronto encontraría una joven que no fuera una enferma, se enamoraría casándose con ella y tendría muchos hijos. Pero él les decía que no. Se quedaría un tiempo en la finca, iría todos los días al cementerio, trataría de encontrar el cadáver de su amada Sarita, después, se iría del campo dedicándose a estudiar.

A su padre no le gustó la idea. Tendría que gastar dinero en colegios. Él no había estudiado y se ganaba la vida con su finca. ¿Por qué su hijo tendría que ser tan complicado? Estudiar. ¿Y para qué? Se decía a cada momento. Pero en fin, si no lo permitía, su esposa, sus cuatro hijas y sus yernos se le comerían a cantaleta, o de pronto se revelaban sin hacer las labores del campo que era lo único que a él le interesaba. Al fin se consoló pensando en que su único hijo nunca le había servido para nada, entonces que se fuera. Lo internaría en el seminario de misioneros de Yarumito. Allí le darían el estudio que quisiera sin cobrarle muy caro, ya se encargaría de lamentarles. Si su hijo no sirvió para el campo,

entonces, a lo mejor, sería un buen sacerdote y se olvidó del asunto.

Ya había dado paz a su conciencia. La ausencia del joven no le daría tan duro. Además sus vecinos ya no se reirían de él por tener un hijo varón que no servía para nada, según ellos. Pensando de esta forma dijo a su familia que daría gusto al joven. Cuando él quisiera viajarían a Yarumito para dejarlo interno en el seminario de misioneros. Era el único sitio donde lo dejaría partir, de otra forma se quedaría en el campo.

Preguntaron al joven si estaba de acuerdo. Él decía que no le importaba. El asunto era alejarse de allí. El viaje se convino para el mes siguiente.

Durante ese mes Andrés pasaba el día en el cementerio. No se resignaba a pensar en que el cadáver de Sarita no apareciera. Una y otra vez se preguntaba qué pudo suceder, pero nunca encontraba las respuestas. Se volvió un joven triste, solitario y amargado. Ni una sola sonrisa adornaba su rostro. Permanecía en el campo santo hasta altas horas de la noche cuando su padre lo obligaba a salir de allí. A veces se negaba a seguirlo durmiendo en dicho sitio. No sentía miedo.

Pensaba que así estaría más cerca de la niña. Llevaba su tiple cantándole a la tumba vacía: Despierta, dulce amor de mi vida,

Despierta, si te encuentras dormida.

Escucha mi voz vibrar bajo tu ventana,

En esta canción te vengo a entregar el alma.

Perdona, que interrumpa tu sueño,

Pero no puedo más y esta noche te vine

A decir; te quiero

Te quiero

Te quiero

Te quiero. (Apartes de la canción "Despierta". Autor Gabriel Ruíz).

Al cumplirse un mes de la muerte de Sarita, Andrés y su padre emprendieron viaje a caballo hacia Yarumito donde el joven quedaría interno en el Seminario. Encerrado en una pequeña jaula el canario iba con ellos. La pradera, con sus hermosos paisajes, se veía triste. Solo se escuchaba el ruido de las quebradas y ríos que adornaban esta hermosa tierra. Hasta el canario iba en silencio como presintiendo que sería una despedida de su amigo. Andrés pensaba que si no recibían a su amiguito no se quedaría en dicho lugar. Mientras, su padre ideaba el sermón que diría a los sacerdotes para que no le cobraran mucho por tener allí a su hijo. Llegaron al pueblo como a las 9.00 am. Después de desayunar en el restaurante más económico, se dirigieron al seminario donde fueron recibidos por el Director. Al contarle la historia de la muerte y los deseos de su hijo de estudiar para ser un gran sacerdote, pero lo escasos que estaban de dinero, le pedía que no le cobrara mucho. El papá de Andrés estaba que lloraba al hablar

con el sacerdote, quien los conocía perfectamente y sabía que eran campesinos acomodados, si bien no eran millonarios, vivían decorosamente en la finca Santa Rita.

El sacerdote fijó los ojos en el canario, pero al instante Andrés les dice que sin su amigo no se quedaría. Agarrando la jaula con fuerza se dirigió a la salida, pero fue detenido por el religioso que le dijo: -Alto jovencito. - Aquí mando yo y aún no he pronunciado una sola palabra.

- El canario puede quedarse contigo siempre y cuando lo dejes en el patio. Todos los días puedes verlo. En las horas de recreo pasearás con él por el jardín del seminario. Ya más calmado, Andrés aceptó quedarse y comenzar sus estudios cuanto antes. Apenas hacía un mes que el año escolar había comenzado. El joven empezaría su bachillerato. Si era buen estudiante terminaría a los 21, entonces decidiría si realmente quería ser un buen sacerdote o escoger otra carrera. Mientras el padre José Gabriel hablaba, Andrés pensaba que por ahora no deseaba pensar en el futuro. No sabía por qué, pero tenía la certeza que Sarita estaba viva. No lo comprendía ya que él mismo la vio muerta y enterrada. Soñaba con ella, veía cómo lo llamaba pero cuando se acercaba, ésta desaparecía riéndose. De todos modos, pensaba Andrés, ésta es la única oportunidad que tengo para salir del campo, si no la acepto mi padre es capaz de llevarme a las malas. Por eso dijo que sí a todo. Despidiéndose de su papá que iba muy

contento por el poco dinero que le cobrarían mensualmente, fue conducido a la habitación que compartiría con otro compañero. Comenzaría sus clases al siguiente día. Su canario fue colocado en el jardín muy cerca de su habitación, de modo que se veían el uno al otro sin necesidad de buscarse. No le gustaba tenerlo enjaulado pero era mejor obedecer.

Mateo, su compañero de cuarto, era un joven serio y juicioso pero sobre todo muy atento. Le ayudó a guardar sus pertenencias. Le habló de la vida en el seminario, de las clases y los profesores. Le aconsejaba que fuera buen estudiante y obediente con los superiores, así no perdería la salida a su casa en las vacaciones, porque de lo contrario, lo dejarían castigado y solamente tendría 8 días para visitar a la familia.

Comenzaron las clases. Andrés era un joven inteligente y aprendía rápidamente. En los descansos iba en busca de su amiguito, el canario, contándole sus tristezas. Era muy serio, retraído, su único amigo era Mateo.

Los sacerdotes lo veían estudiar tenazmente. Mostraba grandes deseos de superación. Charlaba poco, no reía y siempre vivía triste, mas nada le decían porque conocían la historia de la niña muerta y el amor que Andrés sentía por ella.

Por el mes de junio, llegó su numerosa familia a visitarlo llevando grandes regalos para el seminario, tales como bultos de papa, yuca, arracacha y demás productos sembrados en Santa Rita. Veían al joven más tranquilo. Lo llevaron de paseo por el parque del pueblo pero ninguno de ellos habló de lo sucedido hacía escasos seis meses. Al despedirse, la mamá y hermanas de Andrés lloraban por dejarlo de nuevo, pero si él quería seguir estudiando debía quedarse. Iban hinchidas de orgullo porque ya veían en él a un gran sacerdote, se imaginaban que sería un santo. Felices regresaron a la finca acostándose muy temprano para levantarse al alba. Las labores en el campo no daban espera.

Las cuatro hijas de Mariano Osorio y Emilia Escobar ya no labraban la tierra, lo hacían sus esposos. Pasaban el día ayudando a su mamá y cuidando de los niños. La familia había crecido muchísimo por eso no sentían la ausencia de Andrés y Sarita, a quien nadie volvió a nombrar. Ni siquiera lo hacían sus padres, Matea López y Joaquín Eusse, que felices, arrullaban a sus nietos.

Al terminar el primer año de bachillerato, Andrés finalizó con excelentes calificaciones, motivo que llenaba de orgullo a su padre. Fue a recogerlo en el seminario para llevarlo de vacaciones a la finca. Serían dos meses con él. Se veía tranquilo. No tenía la mirada tan triste, pero era muy serio. El jovencito alegre ya no existía. Casi no hablaba. Vivía pensando en el terrible sueño que a diario lo

visitaba: Sarita llamándolo y diciéndole que la buscara que estaba viva. Pero él seguía sin comprender nada. Tal vez en estos dos meses que estaría en el campo, visitando su tumba, lo entendería.

Los sacerdotes le habían prestado libros de psicología, filosofía, historia, geografía y muchas otras materias para que leyera durante las vacaciones. Como no tenía nada que hacer, se dedicaría de lleno a la lectura, pero lo haría frente a la tumba de su amada.

Al llegar a la finca tuvo un gran recibimiento. Hasta le hicieron fiesta. Observaba a sus hermanas y cuñados bailando a son de sus propios instrumentos musicales: Tiples y guitarras. Pensaba en lo aburrida que eran sus vidas. Campesinas sin estudio dedicadas a cuidar niños. Cuando le solicitaron a Andrés que les cantara tomó su tiple y comenzó a cantar mientras gruesas lágrimas de dolor rodaban por sus mejillas. Nuevamente entonó el hermoso bolero compuesto por Gabriel Ruíz: "Despierta":

Despierta, dulce amor de mi vida,

Despierta, si te encuentras dormida.

Escucha mi voz vibrar bajo tu ventana,

En esta canción te vengo a entregar el alma.

Perdona, que interrumpa tu sueño,

Pero no puedo más y esta noche te vine

A decir; te quiero

Te quiero

Te quiero

Te quiero.

Al verlo llorar sus hermanas lo sacaron a bailar entreteniéndolo por largo rato hasta que se fueron a dormir.

Se levantó muy temprano y tomando el libro de psicología, materia que le atraía fuertemente, se fue para el cementerio donde comenzó a estudiar. Se decía que cuando fuera mayor sería Psicólogo. Lo abstracto lo llenaba de curiosidad, además, estaba seguro, podría entender lo que le sucedía con su sueño.

Hacía casi un año que la niña había muerto y aún la seguía viendo en sueños. Sabía que no estaba loco, alguna explicación tendría.

Cuando regresara para comenzar su segundo año de bachillerato, hablaría con el padre José Gabriel solicitándole ayuda para comprender su pesadilla. Los dos meses pasaron rápidamente y Andrés regresó al seminario. No se veía tan triste. Ya rondada por los 17 años. Se decía que ya era todo un hombre. Su amada

murió cuando él tenía 15. Hacia más de un año que se había marchado.

Se dedicó al estudio en cuerpo y alma. Los sacerdotes sabían que él no tenía vocación religiosa pero le ayudaban a encontrar su camino. Se propusieron sacarlo de ese mundo de silencio que casi siempre lo rodeaba.

Ya le permitían tener el canario en el hombro como antes. Se había ganado ese derecho por ser un excelente estudiante. Además, era un gran poeta. Tenían que desarrollarle esa facilidad para escribir. Claro que todos sus versos eran muy triste, quizá por eso eran más bonitos y sentidos. Tenía más de 100 poesías escritas. Ya sabía que en las editoriales las publicaban. Cuando tuviera dinero lo haría para que el mundo supiera de su tristeza y la compartiera con él. Se admiraban de que el pajarillo no se fuera. Se quedaba muy quieto en el hombro de su dueño, en las clases, en el comedor, en el dormitorio, en todas partes.

Cuando Andrés dormía el pajarillo se acomodaba en la almohada y así se quedaba hasta que su amigo despertara, regalándole hermosas melodías.

En el seminario se acostumbraron al canto del canario. A nadie le extrañaba que a las 5 de la mañana fueran despertados por el amiguito de Andrés. Éste ya era un poco más abierto a los demás compañeros, hablaba con ellos, les contó todo sobre su amor de la niñez, por eso no se extrañaban cuando lo veían triste, entonces alguno de ellos lo sacaba de su mundo de tristeza y el joven volvía a

sonreír un poco. Así pasaba la vida de Andrés. Dedicado al estudio, pensando en el día en que pudiera irse a la ciudad para hacer su carrera de Psicología. Nunca había ido. Claro que faltaban casi cuatro años para ello. Los sacerdotes le ayudarían, de eso estaba bien seguro.

Sonreía pensando en la cara que podrían su padre, madre y hermanas cuando les dijera que no quería ser sacerdote. No tenía vocación, no pensaba engañarse así mismo solo por darle gusto a su familia. Cuando terminara su sexto de bachillerato se despediría de sus padres y se iría rumbo a la ciudad. Era su vida, deseaba vivirla a su gusto, no al amaño de sus padres. Con estos pensamientos se entregó al estudio con más fuerza. Era su único camino para salir adelante; lo sabía y no podía desperdiciar un solo momento. No volvió a pensar en su familia ni en el pasado.

El sueño que lo perseguía aún continuaba, pero ya no lo hacía sufrir. Hacía casi dos años que ella se había marchado. No se casaría, se decía, porque nunca encontraría la dulzura de su amada en ninguna otra mujer.

CAPÍTULO TRES

Ya instalados en su pequeña casa, de dos alcobas, una diminuta cocina y una sala comedor, Alejandro dejaba a Sarita en el hogar. Como su única amiga era Esperanza se iba a la pensión pasando allí casi todo el día, ya que la mujer le ayudaba a buscar trabajo por medio de la prensa.

Sarita no estaba contenta con su nueva vida. Deseaba volver al lado de su familia. Jamás había hecho tantos oficios. Organizaba la casa y cocinaba para su nuevo papá. Como era nueva en el oficio, todo se le quemaba, pero Alejandro le enseñó diciéndole que era mejor así porque tendría que hacerlo todos los días mientras buscaba trabajo, luego ya verían, cuando ella comenzara a estudiar.

Alejandro sentía gran pasión por Esperanza, que conocedora de ese sentimiento, abusaba de él, como mujer astuta que era. El hacía todo lo que ella dijera. Por unos besos era capaz de cualquier cosa con tal de tenerla contenta. Creía que ella lo amaba, pensaba proponerle matrimonio.

Esperanza bebía mucho licor y Alejandro lo hacía con ella. Muy temprano se iba para la pensión bebiendo por largas horas. Ya llevaba dos meses en la ciudad y no encontraba trabajo. Sobrevivían con lo que él recogió cuando era enterrador en Tierra Alta. Sabía que ese dinero no le duraría mucho porque el licor que

consumían siempre lo pagaba Alejandro. Además, los gustos de Esperanza eran demasiado costosos y él siempre cubría las cuentas. En recompensa recibía los favores de la mujer, que con desprecio, se dejaba besar y acariciar por el hombre.

Alejandro llegaba a altas horas de la noche. Por primera vez comenzó a tratar mal a la niña. Le pegaba cuando no servía la comida rápidamente, otras, porque estaba fría, o porque lloraba. Sarita le tenía terror, pero no podía irse. ¿Para dónde? No conocía a nadie. Él era su única familia. ¡Cómo añoraba la finca, sus padres y hermanos! Aunque tenían teléfono en la ciudad no podía llamarlos porque en Santa Rita no lo tenían. Estaba llena de los moretones que le dejaban los golpes de Alejandro, que al otro día, no recordaba haberlo hecho. Con lágrimas en los ojos le pedía mil perdones, pero en las horas de la noche repetía su hazaña.

Seis meses después Alejandro seguía sin trabajo. Estaba totalmente alcoholizado al lado de Esperanza. En una noche de tragos le comentó el problema en que se había metido por culpa de Sarita. La mala mujer le aconsejó ponerla a trabajar de día y estudiar de noche. Los niños pedían limosna, cantaban en los buses, también vendían confites. Ella podría hacerlo.

Se levantó muy temprano, llevó a Sarita hasta el parque de San Julián y en las gradas que dan a la Iglesia la sentó con un sombrero a pedir limosna. Ella, con

su carita tapada por la vergüenza, estiraba la mano esperando que alguna persona caritativa depositara en ella su limosna. Pasaban las horas y no había un solo céntimo en el pequeño bolso que le entregara Alejandro. Al recordarlo se puso a llorar pensando en los golpes que recibiría esa noche. De pronto llega una señora muy anciana que al ver el llanto triste de la niña le dio un billete de \$ 20.000,00. Sarita se lo agradeció tanto que hasta le besó la mano. La señora siguió su camino y la niña continuó pidiendo limosna.

La anciana, pensaba Sarita, me ha traído mucha suerte, porque le siguieron dando y dando más dinero que ella guardaba. No se había movido del sitio donde la dejara el enterrador, no había comido nada, estaba a punto de desmayarse por el hambre. Decidió comprar un helado, pero cuando se paró una mano la detuvo diciéndole que no podía tocar el dinero. Alejandro le arrebató el bolso y cogiéndola de la mano la llevó a la pensión de Esperanza, donde le dieron una gran comida, después de contar todo el dinero que había recogido.

La niña, bastante cansada, se durmió recostando su cabeza sobre la mesa, pero fue levantada de un golpe por Alejandro porque de pronto espantaba a los clientes. Sarita tuvo que permanecer despierta hasta altas horas de la noche cuando el hombre, totalmente embriagado, decidió que debían ir a la casa ya que al otro día trabajaría de nuevo.

Eran como las 4 de la madrugada cuando Sarita se acostó. Comenzó a llorar en silencio pidiendo a Dios que la llevara al lado de sus padres porque ella no sabía cómo volver. A las 9 de la mañana se despertó Alejandro con dolor de cabeza causado por el licor. Como ella ya sabía de su mal humor corrió a llevarle jugo de naranja con el analgésico que siempre mantenían en la cocina.

Después de vestirse, el hombre, sin darle tiempo para que ella se bañara, la llevó nuevamente a la entrada de la iglesia y la dejó allí pidiendo dinero. Ella, con su carita tapada, estiraba la manito pero nadie le daba un peso. No vio cuando la anciana del día anterior, entró a la iglesia. La anciana sí la vio, pero esta vez no le dio ningún dinero. Pensó que tal vez pedía por vicio y continuo su camino a escuchar la santa misa.

En las horas de la noche Sarita no tenía un solo peso en su bolso. Cuando Alejandro fue por ella sintió terror porque sabía que la iban a golpear. Con el hambre que tenía sería insoportable. Al llegar al lado de Esperanza y no ver dinero, la niña recibió tantos golpes que la hicieron sangrar desmayándose al instante.

Aún con los golpes que le deformaban su linda carita, Sarita estaba de nuevo pidiendo limosna a la entrada de la iglesia del parque de San Julián. Con su manita estirada y la cara tapada no vio cuando una anciana le depositó un billete

en la mano y luego se la cerró.

En las horas de la noche cuando sus verdugos vaciaron el bolso sólo encontraron un billete de \$ 20.000,00. No la castigaron muy fuerte, pero la dejaron sin comida por no haber recogido más dinero con qué sostener sus vicios. Esperanza le decía a Alejandro que en muy poco tiempo, cuando la niña fuera una mujer la meterían al negocio de la prostitución y así tendrían dinero de sobra para sus vicios.

Alejandro ya no recordaba que Sarita era una niña enferma que en otra época sufría ataques de catalepsia y había sido enterrada viva. Solo veía en ella el medio para conseguir dinero con que sostener sus vicios y los de su compañera Esperanza. Se habían mudado a la pensión. La niña vivía en un pequeño cuartito húmedo, dormía en el piso, sin una cobija con qué cubrirse del intenso frío de las noches. Mientras los dos adultos se emborrachaban, programaban el trabajo de Sarita. Decidieron llevarla de nuevo a pedir limosna. Si no recogía dinero la pondrían a vender confites en los buses.

Cuando Sarita estaba sentada con su carita tapada y la mano estirada pasó la anciana destapándole el rostro. Al ver tantos golpes, sacó una tarjeta diciéndole: - No sé quien eres, ni dónde vives, ni quien te golpea en esta forma tan horrible, pero si alguna vez necesitas ayuda llámame al teléfono que hay en este papel,

porque supongo que sabes leer, guárdalo muy bien donde nadie lo encuentre, esperaré tu llamada, sé que lo harás, aquí tienes un billete de \$ 20.000,00 para que no te castiguen y se marchó. Sarita guardó en su mente el rostro de la anciana.

No se asustó porque no tenía mucho dinero para llevar a sus verdugos, que le arrebataron el bolso mientras ella esperaba los golpes, mas como no fue así, ella se fue a su pequeño cuarto sin comer. Al rato sintió sed. Cuando iba hacia la cocina escuchó que al día siguiente la montarían en los buses a vender confites o a pedir limosna, lo que fuera, pero ella tenía que sostenerles los vicios. Se devolvió a su habitación. Por primera vez pensó que no podía seguir al lado de Alejandro. Él no era su padre. Quería volver al lado de su familia. Pero ¿Cómo hacerlo? Lo único que sabía es que el pueblo donde estaba la finca se llamaba Yarumito. Ella no era capaz de llegar. No sabía qué hacer y se puso a llorar. Su rostro y su cuerpo estaban magullados por tantos golpes. Ardía en la fiebre, no tenía con qué arroparse, deliraba. No se dio cuenta cuando la despertaron para llevarla a vender confites en el bus. Pero al ver que no se movía Esperanza le dio una patada en el estómago, ella ni se retorció del dolor, no podía, entonces Alejandro furioso dijo que le habían vuelto los ataques, así no podría conseguir el dinero que necesitaban. Debían buscar niños sanos para que hicieran el trabajo. Fue así como decidieron robar niños entrenándolos en el trabajo, como le decían ellos a pedir limosna, robar, cantar en los buses. Con 10 ó 20 niños bien distribuidos en todo Navarrete y San Julián, podrían hacer una fortuna en poco

tiempo y se irían lejos. A Sarita la sacaron de la casa dejándola tirada a las puertas de la iglesia de San Julián, bien lejos de Navarrete donde ellos vivían, así, cuando la niña despertara no los encontraría.

La gente que entraba a la iglesia la miraba indiferente y seguía su camino. Personas que se decían amantes de Cristo, pero no practicaban sus enseñanzas porque no les importaba el dolor de una niña de escasos 11 años tirada en el atrio de la iglesia. Sarita no se dio cuenta cuando una anciana y su chofer la recogieron, la montaron en un carro marchándose lejos de aquel sitio. La dejaron en la clínica Santa Elena al cuidado de los mejores médicos, luego regresaron a su lujosa residencia.

La señora Mariana de los Ríos, era una anciana bastante agradable. No aparentaba sus 70 años. Era muy alta, delgada y elegante, caminaba apoyada en su lujoso bastón. Su cabello blanco siempre lo llevaba recogido en una moña. Esta dama inspiraba respeto. Era de color blanco y ojos negros. Hacía muchísimos años había enviudado. Tomando las riendas del hogar incrementó la fortuna dejada su esposo Alvaro, que apenas vivió con ella 10 años porque la muerte se lo llevó dejándola con una hijo de 8 años, que no quiso ser un profesional, prefirió ser sacerdote y se encontraba en el seminario de Yarumito. Al cabo de los años comprendió la vocación de su hijo dejándolo tranquilo. Se sentía orgullosa de él. Era un gran apóstol. Ayudaba a educar a todos los jóvenes

que ingresaban allí. José Gabriel, por su inteligencia, había conseguido el cargo de Director del seminario.

Recordaba cuando su hijo estaba en cuarto de bachillerato. Ella le preguntó qué carrera escogería y él simplemente le respondió: -Seré sacerdote. Mariana lo gritó diciéndole que su único hijo tendría que ser médico o ingeniero. No permitiría que se fuera al seminario, jamás había tenido una novia. -¿Cómo estaba tan seguro que eso era lo que él quería?

Mariana obligó a su hijo, de 16 años a salir con Paula, una niña de 15, bastante bonita, morena, de cabello largo, ojos verdes, muy despiertos, vivaces y alegres. La hija de Don Marcos Gutiérrez y Rebeca Velásquez, personas prestantes de la sociedad. Los jóvenes se veían a diario, estudiaban juntos lo cual llenaba de felicidad a Mariana porque creía que al fin su hijo abandonaría la idea de ser sacerdote.

Al cabo de 6 meses Paula resultó embarazada y se formó tremendo problema porque los padres de la joven pedían que José Gabriel se casara con ella. Él se negaba rotundamente diciendo que no porque sería sacerdote. Fue ella quien lo sedujo; pero la joven decía lo contrario, echándole la culpa a su novio. Los padres de Paula no estaban dispuestos a pasar semejante vergüenza. Decidieron enviarla al exterior hasta que naciera el niño o niña. Lo darían en adopción así nadie

sabría que su hija era una madre soltera.

Cuando comentaron a Mariana su proyecto, esta les pidió que no lo hicieran porque ella se haría cargo de Paula y su hijo. Marcos y Rebeca no accedían a sus peticiones a menos que el joven se casara con su hija. Mariana lo presionó del tal forma que lo obligó a cumplir con Paula. Fue así como su familia creció por un tiempo.

Cuando llegó el día del parto, Paula fue conducida a la clínica y murió dando a luz una hermosa niña, que pocos meses después, murió también.

Entonces Mariana comprendió que debía dejar en paz a su hijo, permitirle seguir su vocación. Lo envió lejos de la ciudad, a Yarumito, al seminario de misiones, allí se formaría como sacerdote. Se quedó totalmente sola. Jamás volvió a casarse. Muchas veces pensó en adoptar un hijo o hija, pero el tiempo pasó y nunca lo hizo. Vivía sola, tenía demasiado dinero, el cual, seguramente, una vez que José Gabriel lo heredara sería para el seminario. La idea no le agradaba, está bien que les diera parte de su fortuna, pero no toda. Ella quería un heredero que llevara sus apellidos. Decidió, que si la niña que encontró no tenía familia, la adoptaría, le daría sus apellidos y lograría sus propósitos de tener herederos con su nombre, aunque no llevaran su propia sangre.

Cuatro horas más tarde de haber regresado a la residencia se comunicó con la clínica donde le dijeron que la niña estaba fuera de peligro. Debía estar allí cuando llegara la policía, porque tenían que investigar el origen de tantos golpes.

En una hora llegó a la clínica, donde la policía la esperaba. Mariana les contó como la conoció en la iglesia con lo de las limosnas. Les pidió que no la entregaran al bienestar familiar, ella se haría cargo de la niña. Comenzaría ese mismo día a tramitar los documentos para la adopción.

Cuando la policía, los médicos y Mariana interrogaron a la niña, después de escuchar su historia, hicieron retratos de Esperanza y Alejandro. Le decían a Sarita que era muy difícil dar con la familia de ella porque no sabía cómo llegar a la finca. La dejarían al cuidado de la anciana, que feliz, se encargaría de ella.

Sarita se durmió de nuevo. Esta vez se veía tranquila porque sabía que al despertar una dulce anciana la cuidaría sin golpearla. Mariana llevó a Sarita a su nueva residencia. En su vida había visto tanto lujo. El cuarto de José Gabriel se lo dieron a ella. Se durmió feliz ya que debía guardar reposo hasta que estuviera totalmente recuperada, para que comenzara sus estudios.

Después de tramitar la adopción, la niña ya no se llamaba Sarita Eusse López, sino Sarita de los Ríos.

Como no había calificaciones escolares, Sarita tuvo que estudiar fuertemente para presentar los exámenes de admisión. Fue recibida en tercero de primaria, estaba bastante atrasada. Era muy juiciosa, estaba feliz con su nueva vida, pero en el fondo de su corazón conservaba el recuerdo de su familia, sobre todo el de Andrés a quien amaba.

Algún día volvería. Esperaba encontrarlo. Sólo se casaría con él. Mariana era feliz cuando Sarita le decía que quería ser médica. Los ataques de catalepsia no volvieron a repetirse, entonces Mariana, para estar más segura la llevaba cada mes a revisión.

Desde pequeña comenzó a instruirla en el manejo de las finanzas. Ella era una gran estudiante y aprendía rápido. Sarita era feliz con Mariana. Con los cuidados de la anciana pronto dejó de ser la niña triste, enclenque y flacuchenta por causa de la desnutrición. Con la maravillosa alimentación que recibía empezó a crecer y a formar su cuerpo como mujer. Su cumpleaños número 11 lo pasó al lado de Alejandro y Esperanza. Todo ese año fue de sufrimientos, ahora estaba próxima a cumplir sus 12 abriles. Sentía vergüenza por estar en tercero de primaria. Estudiaba con mucho entusiasmo para salir adelante. Sería médica, es lo que más deseaba. Cuando terminara volvería a Yarumito a enfrentar su pasado. Le diría a Mariana que se fuera con ella por un año, pues no quería dejarla sola, sabía que la anciana la necesitaba, además, no podía pagarle mal

tanto desvelo por ella. Sarita era una niña muy agradecida, sabía que todo lo debía a la anciana.

Mariana acosaba a la policía para que dieran con el paradero de Alejandro y Esperanza. La anciana contrató investigadores privados para que los buscaran. Pero pasaban los meses y no tenían resultados porque la información que dio Sarita fue muy poca.

Alejandro y Esperanza, una vez se fue Sarita decidieron salir por las noches en busca de niños y niñas de doce años que sirvieran a sus propósitos. Los pondrían a robar, a cantar en los buses, a las jovencitas las venderían a los prostíbulos, así conseguirían todo el dinero que quisieran sin tener que trabajar. Pasaban el día durmiendo en la pensión, ya que este negocio era atendido por la empleada contratada, tan malvada como ellos. Adaptaron la casa con muchas camas para alojar a sus pupilos. Tenían 20 niños y 10 niñas recogidos en la calle. Les prometían comida, vestido, dinero y mucho sacol para que pudieran trabarse y ellos encantados los seguían. Después de darles succulentas comidas donde les echaban drogas para controlarles la voluntad, los enviaban a robar lo que fuera bajo la estricta vigilancia de Alejandro, que veía admirado, con qué facilidad quitaban a los transeúntes relojes, billeteras, anillos, collares, etc., que eran depositados en el morral que él tenía. En dos días habían recogido \$500.000,00 ya que todos esos objetos eran vendidos de inmediato a un joyero amigo de

Esperanza, que fundía el oro haciendo otras joyas.

Las niñas que tenían fueron vendidas a un narcotraficante que las enviaba a los lupanares de su propiedad, donde las chicas tenían que acostarse con todo el que quisiera. Así pasaron todo un año. Vivían encantados de la vida con el dinero que sus pupilos les llevaban.

Los niños ya no se veían contentos, estaban demacrados, perdidos en el vicio, pero cuando alguno se revelaba era golpeado fuertemente para escarmiento, entonces ninguno volvía a negarse. Estaban convencidos que los tenían vigilados por eso nunca intentaban escapar. Estos chicos se convirtieron en el terror de Navarrete, nadie salía solo. Los supermercados vivían casi vacíos, el comercio comenzó a decaer. Los habitantes del barrio estaban alarmados. Varios de estos niños se montaban en los buses con la excusa de vender confites, pero era a robar las pertenencias de los viajeros. La policía redobló la vigilancia, pero aún así no lograban atrapar a nadie.

Había un niño llamado Sebastián, era el más pequeño pero el más inteligente. Cierta día, cuando regresaron a la pensión se sentaron a comer los míseros alimentos que les daban, en silencio, porque no les permitían hablar entre sí. Muy disimuladamente este niño dijo a su compañero: -Pasa la noticia, nos escaparemos en busca de ayuda. Los otros se asustaban porque creían que los

vigilantes de Esperanza y Alejandro los matarían. Con la cabeza y los ojos le decían que no lo hiciera.

Cuando salieron a trabajar de nuevo, ya estaban dentro del bus que debían robar. El pequeño Sebastián sacó un cuchillo y amenazó al chofer. Unos pasajeros gritaban del susto, otros querían tirarse por las ventanillas, pero el compañero del niño no lo permitía ya que tenía otra arma. De pronto, se quedan estupefactos cuando dice Sebastián: -Vamos a la estación de policía más cercana. El chofer no entendía nada pero con un cuchillo sobre su garganta: ¿Quién no hacía caso?

Cuando llegaron a la policía los niños se bajaron, contaron toda la historia pidiendo protección para ellos y sus compañeros. Sabían que los dos malvados estaban solos así que no tendrían problemas para apresarlos.

Cuando capturaron a Esperanza y su compinche, de inmediato, los llevaron a la cárcel. Los niños quedaron bajo el cuidado del Bienestar Familiar. La mujer fue conducida a la cárcel de mujeres y Alejandro a la de hombres. Una y otra vez le preguntaban por la familia de Sarita pero él se negó a hablar y por más que lo golpeaban nunca dijo de donde provenía la niña. Era la última esperanza para encontrar la familia de ella. Definitivamente la jovencita quedó al cuidado de Mariana de los Ríos que se convirtió en la más abnegada de las madres. Sarita

olvidó su sufrimiento y se entregó al estudio con gran pasión porque era lo que más deseaba.

Algún día volvería al pueblo de Yarumito e investigaría por la casa de sus padres. No quería olvidar sus nombres, como tampoco el de la finca, por eso en un pequeño libro que guardaba con sumo cuidado, anotaba todos los recuerdos de su niñez. No quería ser desagradecida con Mariana de los Ríos. Muchas veces conversaba con la anciana del problema y ella le prometía que, al terminar sus estudios profesionales investigaría.

La anciana escuchaba admirada cuando Sarita le hablaba del amor que sentía por Andrés a quien no había olvidado. Recordaba emocionada el sufrimiento de él durante su entierro. Era el único que verdaderamente había sentido dolor, ya que para el resto de la familia era un alivio librarse de la niña enferma.

Así pasaban los años para Sarita, estudiando bachillerato en la ciudad, mientras Andrés lo hacía en el Seminario de Misioneros de Yarumito.

El padre José Gabriel se sabía de memoria la triste historia de Andrés. Lo ayudaba en sus estudios para que no tuviera que volver a la finca. Ambos jóvenes se habían convertido en adolescentes. Él era sumamente atractivo y ella hermosísima ante los ojos de los demás.

Ese año Andrés terminaba su bachillerato y dos años más tarde lo haría Sarita.

CAPÍTULO CUARTO

SEIS AÑOS DESPUES

Andrés se había convertido en un joven muy atractivo, lleno de inteligencia y sabiduría. El padre José Gabriel sabía que él no quería ser sacerdote y solicitó a Mariana de los Ríos, su madre, que hablara en la universidad para que dieran una beca al joven, se la merecía porque había pasado los exámenes de admisión con excelentes notas. El seminario le daría una suma mensual para que pudiera vivir en la ciudad. En una pensión modesta podría hacerlo hasta que terminara la carrera y se defendiera por sus propios medios.

El padre del joven puso el grito en el cielo cuando supo que no regresaría a la finca, en cambio se iría a la ciudad y no le quiso dar un solo peso. Una fría tarde del mes de noviembre Andrés se despidió de los sacerdotes yéndose rumbo a una ciudad desconocida con su compañero de la niñez, su canario, a quien llevaba entre una cajita, así nadie lo molestaría. Su único pensamiento era estudiar psicología. Le atraía profundamente esta ciencia porque le había enseñado a superar muchos de sus problemas de la niñez.

El padre José Gabriel solicitó a su madre que lo esperara en la terminal de

transporte. Ella se hallaba enferma pero el chofer de la familia lo recogió para llevarlo a casa de la anciana. Andrés demostraba gran cultura lo que agradó a Mariana de los Ríos. Le dijo que podía quedarse en la casa hasta que encontrara donde vivir. Puso el chofer a su disposición para que le mostrara la ciudad y la universidad, lo cual haría en compañía de su hija al siguiente día que era sábado.

Después de la cena, el joven se retiró a su habitación, sacó de su encierro al pajarillo, cerró todas las ventanas. No conocía la ciudad y de pronto se perdía, pensaba el joven. Se durmió muy temprano por el cansancio que tenía después de un viaje de dos horas.

Acostumbrado a madrugar, Andrés ya estaba listo cuando lo llamaron a desayunar. La mesa estaba presidida por la anciana quien le dijo esperaran a su hija Sarita para comenzar el desayuno.

Cuando ésta apareció en el comedor, dijo buenos días y se quedó mirando fijamente al joven, excusándose le dijo: - Disculpe, usted me recuerda a alguien que conocí hace mucho tiempo, pero es imposible que sea usted. Andrés le dijo lo mismo y no dándole mayor importancia al asunto comenzaron a desayunar. Después los jóvenes se fueron de turismo por la ciudad.

Andrés no sabía qué le sucedía pero se sentía bastante incómodo con la presencia

de Sarita. Tenía que llamarse así precisamente y le recordaba a su noviecita de la niñez. Era imposible relacionar a esta joven hermosa, elegante, bien vestida, educada que en dos años comenzaría sus estudios de medicina con la niña que muriera hace tantos años. Estaba mayorcita para continuar en bachillerato. Quien sabe por qué estaría tan atrasada. Pero bueno, ese asunto a mi no me incumbe, seguramente es una niña mimada que ha perdido años.

Mientras esto pensaba Andrés, Sarita lo observaba de reojo diciéndose lo atractivo que era. Medía casi 1,90 MTS. Su piel era blanca. Parecía como si nunca hubiera aguantado sol. Seguramente era de esos niños ricos que no hacen nada en la casa y se lo ponen todo en las manos. Pero la presencia de él, la hacía sentir incómoda. Le recordaba a su Andrés. ¿Por qué tendría que llamarse como su amor de la niñez? Algo en este joven le evocaba al otro. Pero no podía ser, porque seguramente su noviecito estaba en la finca trabajando al lado de su padre. Olvidaría el asunto. Cuando regresó a la casa le comentó a su madre adoptiva sus impresiones pero ésta la tranquilizó diciéndole que el joven se iría al siguiente día, ya que había conseguido un alojamiento no muy costoso cerca de la universidad. Sarita se fue a dormir olvidando el asunto.

Después de despedirse de las dos mujeres Andrés, se fue a su nueva vivienda y se olvidó de la joven para entregarse totalmente al estudio.

Pronto sobresalió en la universidad. Sus calificaciones tan altas le valieron, no solo becas, sino también, muchos aplausos y honores. No tenía amigos. Solo su canario lo entendía. No quería tener novia, no deseaba casarse. Jamás le pondría una rival a su noviecita muerta.

Muchas veces, cuando no tenía mucho estudio, caminaba por las calles cabizbajo. Cuando veía alguna joven que se pareciera a la niña muerta, corría a mirarla porque creía encontrar en ella a su amor lejano, pero cuando llegaba a su lado y las miraba ¡Cuántos insultos se ganaba! Recordaba que ella jamás regresaría. Se estaba obsesionando, eso lo sabía, pero no podía evitar el ver en todas las jóvenes a su amada Sarita.

Andrés ya llevaba dos años en la ciudad. Nunca volvió por el pueblo. Sabía que su familia no aprobaba su partida. Volver solo para escuchar reproches de su padre no le interesaba. Estaban bien de salud porque el Padre José Gabriel le contaba sobre ellos. También le decía que en la finca ya había más de 15 chiquillos corriendo por allí, los hijos de sus hermanas. Mejor, se decía, así no me extrañarán mucho. Durante este tiempo visitó si acaso, unas 4 veces a la anciana Mariana de los Ríos, y eso por el encargo del sacerdote, que se sentía feliz con las noticias que le daba su pupilo sobre su permanencia en la Universidad.

Todas las poesías escritas durante su niñez fueron publicadas por la universidad.

Con estos ingresos, Andrés consiguió un aparta-estudio el cual compartía únicamente con su canario. Sus compañeras de estudio le coqueteaban pero él no hacía caso, por eso le decían que era orgulloso, mas a él lo único que le interesaba era terminar su carrera.

Cuando hacía su cuarto semestre de Psicología fue invitado por Mariana de los Ríos a la fiesta de graduación de bachillerato de su hija. Andrés sintió desagrado. No la había vuelto a ver. No quería hacerlo porque revivía sus dolores de la niñez. Su novia muerta, sus ilusiones destruidas por la dichosa enfermedad. Tendría que asistir ya que el padre José Gabriel iría y era mucho el agradecimiento que le debía.

Estaba tan hermosa como la primera vez que la vio. Sentía tristeza porque la joven le gustaba, pero él no se enamoraría. Se decía una y otra vez que jamás se casaría. Veía a la joven de lejos. Solo se le acercó para decirle felicitaciones. Se dedicó a charlar con el sacerdote, pero su mirada, de reojo, no la apartaba de Sarita.

Andrés no era un gran bailarín, por eso cuando ella le pidió que bailaran él se emocionó, pero en silencio la rechazó bruscamente. Ella le dijo lo tonto y presumido que era. Alejándose buscó otro joven como pareja de baile. Andrés se decía que nada tenía que hacer allí, se sentía perdido en la fiesta. Quería irse

pero no podía porque el Sacerdote le dijo que esperara a que la reunión terminara para no desagradar a su madre.

El Padre José Gabriel se dio cuenta al instante que los jóvenes se atraían, pero eran orgullosos y se trataban mal.

El Sacerdote reía solo, pensando en que tarde o temprano cederían paso a un gran amor. Decidió hablar con su madre. Necesitaba saber más sobre Sarita. No permitiría que Andrés sufriera de nuevo por culpa de una mujer.

El sacerdote y su madre se habían encerrado en el despacho desde hacía más de tres horas y aún no salían. Sarita y Andrés hubieran sido felices al escuchar a Mariana de los Ríos contándole a su hijo la historia de la joven.

El Sacerdote casi se muere del susto al saber que la niña por quien Andrés sufría tanto estaba viva, no había muerto. -Aún no entendía, decía a su madre, -la resistencia de la chiquilla para no morir asfixiada en ese cajón. El padre José Gabriel contó a su madre que ese joven era Andrés, el novio que la creía muerta. Le dijo cómo había llegado al seminario y la ayuda que le daban para que pudiera estudiar ya que su padre, campesino sin ninguna instrucción siempre se opuso a ello. También le contó que la familia de Sarita vivía unida a la de Andrés puesto que los dos hermanos de ella se habían casado con dos de las hermanas

del joven.

Lo mejor que podían hacer era decirles la verdad para que dejaran de sufrir, ya que Sarita en sueños llamaba a Andrés, pero no a éste, sino al noviecito de su niñez, el que ella creía era un campesino.

Mariana de los Ríos se opuso a ello diciéndole que si la joven regresaba al campo contando quien era, las gentes ignorantes de la vereda sentirían verdadero terror tomándola por una muerta viva, un fantasma o algo similar. Correrían lejos de ella lo cual haría muy desagradable la estadía con su familia. -No, decía la anciana. -Lo mejor es que ellos mismos descubran su pasado, aprendiendo a amarse ahora que son adultos. Si de niños se quisieron, ahora su amor sería mucho más intenso.

Cada uno de los jóvenes estaba deseoso de saber lo que hablaban mas nada decían. ¿Será que mi madre se está confesando? Se decía Sarita. Como está tan viejita y enferma a lo mejor es eso y se olvidó del asunto para bailar con uno de los invitados.

Andrés, por su parte, se decía: Es lógico que estén encerrados, son madre e hijo, muy pocas veces se ven. Se dedicó a comer los ricos pasa bocas que le ofrecían, mientras observa a la joven en brazos de un muchacho, alto, delgado, moreno y

muy atractivo. No sabía por qué pero no le gustaba. Sentía dolor al verla en otros brazos.

La fiesta terminó con gran éxito. Cuando Andrés se despidió de Sarita, que con disimulo le propinó tremendo pisón con sus altos tacones, con cara de tristeza le dijo: -Perdone joven, no vi donde pisaba, debe ser el champaña que he tomado. El solo levantó la vista y le dijo: -Eres la mujer más estúpida y presumida que he visto en mi vida, jamás caeré en tus redes. A pesar de que me recuerdas a alguien no te quiero cerca de mí. Es muy poco el contacto que tendremos en la universidad, a esta casa no pienso volver, a no ser por encargo del padre José Gabriel. Sarita solo atinó a darle tremenda bofetada y muy tranquila se fue a su cuarto. Andrés no salía de su asombro. Quiso seguirla para responderle como se merecía pero ella ya iba lejos.

Pensó que no valía la pena. Despidiéndose del sacerdote y su madre se marchó a su aparta-estudio, donde todo era paz, alegría y mucha tranquilidad. Solos él y su canario. Eran felices y no necesitaban a nadie más. El joven se acostó pero no pudo dormir en lo que restaba de noche ya que la imagen de la joven lo perseguía.

Andrés se sentía mal. Pensaba que estaba traicionando a su niña, a su primer amor, pero por más que luchaba no podía sacar de su mente a la otra Sarita. Para

no olvidarse de su primera noviecita se recostó en su cama reviviendo uno a uno los momentos pasados con ella. Al fin lo venció el cansancio y se quedó dormido.

Después de darle la bofetada a Andrés, ya en su cuarto, Sarita rompió en llanto. Se sentía muy triste, no sabía qué le había sucedido.

Ella que era una persona tan dulce: ¿Por qué con él se sentía tan mal? ¿Por que le recordaba a su primer amor? Recostada en su lujosa cama revivió uno a uno los momentos de su niñez. Lloraba sin consuelo al pensar que jamás lo volvería a ver, ya que Alejandro, después de tantos años de estar en la cárcel aún continuaba negándose a hablar. Al fin el cansancio la venció y se quedó dormida.

Antes de salir para la universidad sonó el teléfono en el apartamento de Andrés. Era Sarita pidiéndole disculpas por lo sucedido en la fiesta. El le dijo que ya lo había olvidado y le colgó.

El joven decidió que no pensaría más en ella. Trataría de olvidarla para siempre. Sería fiel a sus principios. Jamás traicionaría el amor de la muerta.

Sarita se puso furiosa al ver el poco interés demostrado por Andrés y se fue a continuar sus gestiones para ingresar a la Universidad, ya que a la siguiente

semana comenzaría sus estudios de medicina. No se vería con él ya que su facultad no estaba dentro de la ciudad universitaria, pero buscaría los medios para hacerlo. Andrés siguió su vida tranquilo después del incidente, pero aún continuaba viendo a su noviecita muerta en las niñas de 10 a 12 años que pasaban por su lado. Ya no las seguía. Sus estudios de psicología le habían enseñado a dominarse.

Pero aún así, cada domingo del mes iba al cementerio de San Pedro a escuchar la Santa Misa, después visitaba las tumbas rezando una oración por el alma de su Sarita. Se alejaba de aquel sitio cabizbajo sabiendo que jamás la tendría de nuevo.

Con más ahínco se dedicó al estudio. Ya estaba en sexto semestre de Psicología. Por sus excelentes notas se ganó un puesto para trabajar en la misma Universidad tan pronto terminara su carrera. Mientras tanto, laboraba como monitor. Había aceptado lógicamente, pero pensaba abrir su consultorio, ayudaría a las personas que como él, tenían o tuvieron problemas en su niñez. Pondría sus conocimientos al servicio de la humanidad. Seguiría el ejemplo de Cristo: Servir al que lo necesitara. Trabajaría por vocación no por dinero. Sus poesías le daban muy buenos ingresos. Ya habían editado varios libros con sus versos. A la hija de Mariana de los Ríos no la vio en todo ese año. Pocas veces le dedicaba algún pensamiento.

Se acercaba la navidad. Como siempre, Andrés la pasaría en compañía de su

canario. No tenía amigos ni amigas. No le gustaba salir con sus compañeros porque se emborrachaban. A él no le interesaba perder sus cinco sentidos sumergido en un licor que no deseaba, además, escuchar las tonterías que hablaban lo aburría tremendamente.

El Padre José Gabriel lo llamó diciéndole que el día de navidad fuera a la casa de su madre, porque después de la cena, viajarían por dos días a Yarumito, su padre se encontraba mal de salud y deseaba verlo. Hacía como tres años que estaba en la ciudad, ya era tiempo de ver a su familia.

En la noche de navidad, Andrés, se vistió elegantemente para la ocasión. No quería desentonar con la orgullosa hija de Mariana de los Ríos. Conduciendo el Renault 4 que compró con sus ahorros se dirigió a la residencia de la anciana.

Cuando le abrieron se quedó mudo, no supo que decir. ¡Qué hermosa estaba Sarita con su traje largo marcándole sus curvas, su cabello largo recogido con un gran moño y su cara maquillada! Ella supo de inmediato el impacto causado. Por eso se vistió así, quería impresionarlo. En todo ese año jamás dejó de pensar en él. Al otro Andrés, al de su niñez no lo encontraría jamás. Entonces, se decía ella egoístamente, no me voy a privar de amar a este psicólogo que tanto me gusta. La joven había desechado de su mente los recuerdos de su niñez. Su familia ya no volvería a su vida. Su única madre era Mariana de Los Ríos y solo

a ella se debía.

Cuando ella le dijo con esa voz tan melosa: -Sigue Andrés. El creyó al instante que era la otra Sarita, pero reponiéndose se dijo: - Está muerta. Es imposible. Como la joven lo tomó del brazo casi se desmaya. Primer contacto de una mujer joven, no de una niña. Le gustó. Estaba feliz sintiendo la suave mano de ella tomándole la suya.

Por unos instantes creyó sentir la mano de la muerta. La miró asustado, pero ella le dijo: - ¿Que pasa? El joven con la cabeza le dijo que no era nada.

Ya en el salón principal los esperaban los invitados: El padre José Gabriel, su madre, el Notario, el médico de la anciana, Sarita y Andrés.

Los jóvenes se miraron asustados porque no entendían la visita del médico y el notario. ¿En una navidad? Algo sucedía, pero la anciana les dijo: - Siéntense muchachos porque voy a decirles cual es mi voluntad para cuando muera, estoy vieja y cansada, además esta artritis está muy avanzada. Mis pobres y viejos huesos ya no me responden como antes, pronto partiré de este mundo y quiero dejarlos muy organizados.

Como Sarita lloraba escuchándola y Andrés tenía los ojos tan abiertos que

parecían salirse de su sitio, les dice la anciana: -Mi médico les confirmará mis palabras. Escasamente me queda un año de vida, ya que las úlceras han destruido mi estómago, por eso he invitado a mi hijo y al señor Notario. Dr. Roberto Guzmán, por favor lea a los jóvenes mi testamento. Quiero estar presente en dicha lectura, pues debo escuchar de sus propios labios que harán mi voluntad.

El Doctor Guzmán comenzó la lectura del testamento de Mariana de los Ríos así:

“Yo, Mariana de los Ríos, mayor de edad y en pleno uso de mis facultades mentales, identificada con cédula de ciudadanía No. 22.114.586 de San Julián, reparto mi inmensa fortuna en la siguiente forma:

A mi hijo, el Sacerdote José Gabriel le dijo la mitad de mis bienes para que haga todas las obras de caridad que desee.

La otra mitad, deberá ser entregada a Sarita de los Ríos y Andrés Osorio Escobar, fortuna que será administrada por mi abogado, el doctor Rigoberto Restrepo, hasta que los jóvenes terminen sus profesiones, luego ellos mismos administrarán su propio dinero. El abogado deberá rendir cuentas a mi hijo, el Sacerdote José Gabriel. Sólo que para poder disfrutar de la herencia deberán contraer matrimonio en un lapso de tres meses, es decir, antes de mi muerte. Si

no lo hacen perderán el derecho sobre la herencia, la cual pasará a manos de mi hijo José Gabriel para que este dinero sea entregado al Seminario de Misiones de Yarumito. El Doctor Guzmán siguió leyendo la lista de propiedades, cuentas bancarias y demás bienes que serían para los jóvenes una vez se casaran”.

Sarita furiosa reclama a su madre diciéndole que no entendía nada, mas ella le responde: - Con el tiempo me entenderás hija mía.

La joven toma a Andrés de la mano y llevándolo al jardín le dice: - Debemos casarnos cuánto antes. Ya supe en carne propia lo que es la pobreza, pasar hambre, aguantar frío, y muchas necesidades, no estoy dispuesta a vivirlo de nuevo. Cuando mi mamá se muera nos separamos y cada uno por su lado. No te amo, no me amas. Este matrimonio es solo por interés, así que no me tocarás ni un solo pelo de mi cuerpo.

Andrés le dice a la joven: - Eres una mujer demasiado ambiciosa y egoísta, sino quiero casarme nadie me obligará. El dinero de tu madre no me interesa. Con mi trabajo hago mis propios ahorros. Así que no me casaré contigo. Luego entró al salón a despedirse diciéndole al Sacerdote que lo esperaba en el carro.

La joven, furiosa al verlo salir, se puso a llorar corriendo a su habitación. Los invitados a la cena de navidad la disfrutaban con muchas ganas mientras se reían

fuerte pensando en la rabia de los jóvenes, mientras la anciana les decía: - Pido a Dios que me de tiempo para presenciar lo que sucederá el día que ellos sepan, quien es cada uno, no se les puede decir, ya que el amor debe brotar espontáneamente. Si una vez se amaron, volverán a hacerlo.

A las 6 de la mañana de ese 25 de diciembre El Sacerdote y Andrés, olvidándose de la noche anterior, salieron rumbo a Yarumito.

Dentro de su corazón, el joven se sentía feliz. Su tierra natal. A pesar de todo tuvo momentos de felicidad. Sonreía tiernamente recordando a sus padres, hermanos y la familia de Sarita. Ya no le dolía tanto su recuerdo. Casi no pensaba en ella. Estaba muy preocupado porque su mente era ocupada por una hermosa joven que llevaba el mismo nombre, pero era demasiado orgullosa y engreída. Aunque estaba enamorado de ella no se lo diría nunca. Se casaría con ella para no contradecir a la anciana. Haría hasta lo imposible por dominarla hasta lograr que lo amara con locura.

Ella no lo amaba. Solo le interesaba el dinero de su madre. Así lo demostró la noche anterior. Con una mujer tan materialista no deseaba casarse pero lo haría. Que su amada noviecita muerta le perdonara el haberse enamorado de otra mujer.

Cuando llegaron al pueblo, de inmediato se dirigieron al hospital donde Mariano Osorio se hallaba recluido, ya que se había fracturado una pierna cuando andaba detrás del ganado. No tenía necesidad de hacer estas labores ya que sus yernos la hacían, pero él, a sus 73 años, se había convertido en un anciano mucho más gruñón que antes.

Cuando vio a su hijo no lo podía creer. Se había convertido en un señorito de la ciudad. Ahora sí que jamás lo recuperaría para que ayudara en las labores del campo. Desde que Andrés nació solo pensaba en ello. ¡Pero qué crecido y maduro estaba! Nunca lo diría a nadie pero la ciudad le había aprovechado mucho. Se veía más serio, parecía un doctor con sus lentes blancos.

El joven se abrazó a su padre y gruesas lágrimas de emoción corrían por los ojos de los dos hombres. El anciano campesino y gruñón y el joven educado que llegaba de la ciudad.

Andrés contó a su padre lo que había hecho en los tres años de ausencia, así mismo que pronto se casaría, noticia que alegró muchísimo al anciano, hasta le perdonó que se hubiera alejado. Pero pensaba también, fue mejor así porque aquí el muchacho estaba loco de remate.

Más tarde llegaría toda la familia a visitarlo. Se alegrarían muchísimo al verlo.

Debía conocer a todos sus sobrinos y sobrinas. Son hermosos, decía el anciano. Cuando llegaron más de 20 personas a visitar al enfermo Andrés se asustó. Toda esa gente era su familia. Entre sus padres, los papás de Sarita, hermanas, cuñados y sobrinos eran como 30 personas. Sus cuatro hermanas tenían cada una de a 5 chiquillos. ¡Qué locura! se decía. Los miraba uno a uno y la madre de él, después de abrazarlo llorando por la alegría iba diciendo los nombres de cada uno. El padre José Gabriel volvió al seminario y Andrés fue a la finca con su familia. Le dieron la habitación que tenía desde niño. Jamás había sido ocupada por nadie.

Andrés les preguntó cómo se sentían sin Sarita, entonces la madre de ésta le dijo que era mejor que hubiera muerto, la niña era demasiado enferma y solo les había causado problemas. Con gran tristeza el joven escuchaba sin modular palabra. Al siguiente día visitaría la tumba de la niña despidiéndose de ella para siempre. Le pediría perdón de nuevo ya que su corazón era ocupado por una elegante mujer de la ciudad.

Andrés recorría la finca deteniéndose en cada uno de los sitios donde se sentaba a conversar con su amor de la niñez. Lloraba recordándola. Cuando llegó al cementerio, aún estaba abierta la tumba de Sarita. Seguramente la habían llevado para otro sitio. Eso fue lo que sucedió tantos años atrás, pero no comentó nada con nadie.

Para la llegada del año nuevo, el viejo Mariano estaba de regreso en la finca y quería que su único hijo varón estuviera con él todo el tiempo, lo que causaba la furia de la madre y hermanas ya que también deseaban hablar con él. Se hizo una gran comida, donde sirvieron mucho vino, amenizada con guitarras. Hasta él se animó y les cantó acompañado de su tiple. Aún se conservaba intacto. Lo llevaría con él. Era el mejor que había tenido. El día 3 de enero Andrés se despidió de su familia prometiendo regresar con su esposa.

Ya en su apartamento, lo primero que hizo el joven fue revisar que su canario estuviera bien. Le había pedido a la señora que le lavaba su vivienda que lo cuidara, dándole comida y mucha agua. El animalito feliz le cantaba hermosas melodías.

Después llamó a Sarita diciéndole que esa tarde la visitaría para concretar lo del matrimonio. Ella no dijo nada pero se le veía la felicidad porque realmente lo amaba pero no quería ser dominada por él. Ya inventaría la forma de que él la amara, estaba convencida de que él no la amaba.

Andrés era un hombre muy atractivo, con sus 1,90 mts., de estatura, su piel blanca, sus ojos tan azules y su cabello negro. No era delgado, pero tampoco era obeso. Su cuerpo era muy bien conformado. A cada movimiento que hacía ella

se sentía más y más atraída por él. Cuando llegó a la casa de la joven, se saludaron sin mucha emoción. Cada uno en su interior sentía profundos deseos de besar al otro, pero se contenían.

Cuando la madre de Sarita llegó a la sala, entre los tres convinieron que el matrimonio se realizara a la semana siguiente. Sería el padre José Gabriel quien bendijera la unión, en la pequeña capilla de San Lucas donde oficiaba la Santa Misa cuando se encontraba en la ciudad.

Andrés se despidió de las dos mujeres, prometiendo regresar al sábado de la siguiente semana cuando se convertiría en el esposo de Sarita de los Ríos, pero tendrían que aceptarlo con su canario porque de lo contrario jamás daría dicho paso. No quería pensar en ello. Qué suceda lo que tenga que suceder y olvidándose del asunto se entregó al estudio.

CAPÍTULO QUINTO

Con mucha ansiedad, Andrés se vestía su traje de gala acicalándose de la mejor forma posible. Era el día de su boda. Amaba a Sarita pero no se lo diría. Que tal que se burlara de él por ser un simple campesino entregado al estudio de la psicología.

Sarita estaba hermosísima con su vestido de novia. Su cabello recogido atrás con un moño y una esmeralda adornando su hermoso cuello.

Andrés llegó solo a la iglesia. No tenía padrino. Éste fue escogido por la familia de los Ríos y no tenía idea quien era. Pero qué le importaba. Ese día se casaría con una mujer hermosa que no lo amaba. Sentía algo de amargura al pensar que el día de su matrimonio hubiera sido feliz si en lugar de esta Sarita, fuera la muerta quien ocupara su sitio. A las puertas de la iglesia lo esperaba el padre José Gabriel para presentarlo al padrino y luego entró al sagrado recinto para prepararse a officiar la ceremonia.

No tuvo que esperar mucho porque Sarita llegó media hora después. ¡Qué radiante estaba! Lástima que se casaba solo por dinero. Sentía amargura y tristeza. Esta mujer no lo amaba. Estaba seguro de ello. Lograría que lo amara

con locura. Era demasiado caprichosa. Había que quebrarle esa voluntad tan fuerte de hacer lo que ella deseaba y nada más.

Por su parte, Sarita estaba feliz aunque no lo demostraba. Andrés era un hombre muy guapo, se decía, además, era serio, juicioso, no bebía, ni fumaba. Estaba bien segura que jamás la traicionaría con nadie. Pero no la quería, solo se casaba por el dinero de su madre. Ya se encargaría de enloquecerlo hasta que la amara con la pasión que ella sentía. Entraron a la iglesia, cada uno con sus respectivos padrinos. Mariana de los Ríos estaba feliz. Después de conocer la historia de los dos jóvenes estaba segura que el amor renacería entre ellos. Esperaba que descubrieran la verdad antes de su muerte. Sarita se había convertido en una joven muy caprichosa, ella tenía la culpa por mimarla tanto, pero Andrés se encargaría de ponerla en su sitio. Era demasiado serio y responsable. No permitiría que ella lo pisoteara. Haría que terminara su carrera porque era lo que ella más ansiaba desde que se la arrancó al malvado de Alejandro. Era un gran día. Fueron pocos los invitados a la boda. Ella, su hijo y unas cuantas amigas. Los novios partirían de viaje porque así se los exigió con la esperanza de que se conocieran mejor. A la mañana siguiente viajarían a Hawái. Que Dios les hiciera el milagrito, se decía Mariana de los Ríos.

Andrés le había pedido al Sacerdote que le prestara la cabaña que tenía cerca al seminario de misiones en Yarumito. Le decía: -No tengo la menor intención de

viajar con una mujer que no me ama. La llevaré a la cabaña. Le enseñaré a amar, a ser mujer, a obedecer sin imponer siempre su voluntad. La domaré como a un caballo. El Padre no le dijo nada pero pensó que grandes problemas esperaban a Sarita.

Cuando terminaba la ceremonia y el sacerdote dijo: - Puede besar a la novia. Este la estrechó entre sus fuertes brazos dándole un beso tan amoroso que Mariana de los Ríos no lo podía creer. ¿Será que la ama? Se decía. Cuando se separaron Sarita tenía las mejillas rojas por la vergüenza. El primer beso de un hombre. ¡Qué maravilla! La amaba, estaba segura, pero no sabía por qué, se sentía tan triste. Su mente y corazón rechazaban ese amor que intuía. Cuando él la besaba su pensamiento no se apartaba del joven campesino que fuera su primer novio. Creía estar con él. Quería llorar pero no podía hacerlo delante de los invitados. Algún día le diría la verdad. Sarita creyó que ya había superado su amor de la infancia, pero no era así. Ahora lo revivía más que antes. No sabía por qué, pero sentía una sensación tan extraña. Este Andrés no era el otro, entonces: ¿Por qué siempre lo confundía con el primero? Se rió con sarcasmo al pensar que estaba enloqueciendo, pero tenía al psicólogo a su lado para que lo impidiera y se dispuso a abandonar la iglesia de la mano de su esposo.

Una vez que Andrés la besó, se quedó mirándola perplejo. ¿Qué le pasó? Esta no era su noviecita. Durante el beso creyó estar con ella. Por eso se emocionó

tanto. Amaba a esta joven orgullosa, pero sentía mucho temor porque no era normal confundirla con la muerta. Cuando estaba cerca de esta mujer que ahora era su esposa, creía tener a la otra. Esto no podía ser, tenía su explicación. Hablaría con el Padre José Gabriel. Era el único que conocía su verdad. Tal vez le ayudara a pensar cómo borrar a la muerta de su mente y se dispuso a salir de la iglesia del brazo de su esposa.

Durante la comida ambos jóvenes se veían tristes y pensativos. Mariana y su hijo se miraban pero sabiendo la verdad de ellos no se preocuparon. Sabían que se amaban, pero su orgullo les impedía reconocerlo.

Minutos ante del viaje, Andrés no quería irse y dejar a su canario solo, lo llevaría con ellos, pero el padre José Gabriel se lo impidió. Sabía que si la joven lo veía enfermaría nuevamente, por ahora no era conveniente. Lo convenció diciéndole que los presentes no conocían sus planes de irse a la cabaña. Mariana y su hijo se encargarían de cuidar al canario, de eso podía estar seguro.

Andrés pidió que le dejara conducir el coche. Después de cargar todas las maletas de la joven porque ésta creía que iba para Hawai, guardó su único equipaje partiendo rumbo a Yarumito. Cuando Sarita vio que no iban al aeropuerto preguntó pero no obtuvo respuesta. Rato después el joven le dijo que había cambiado de planes y solo pasarían lejos 10 días debido a la

universidad, explicación lógica para ella que lo aceptó el silencio.

Cuando llegaron al pueblo decidieron descansar alojándose en el hotel más elegante. Andrés no entendía por qué el sacerdote le dijo tantas veces que no fueran a la finca de sus padres. Aún no era tiempo que conocieran a su esposa.

Dejó a Sarita descansando en el hotel antes de continuar el viaje. El debía hacer compras y salió mientras ella dormía. Andrés fue al supermercado. Compró comida y todo lo necesario para pasar 10 días en la cabaña, Regresó al hotel, recogió el equipaje, despertó a Sarita y después de pagar la cuenta salieron rumbo al la cabaña.

Ella iba muy ilusionada esperando encontrar una hermosa casita campesina, así como los paisajes que dejaban a su paso, con luz eléctrica y demás comodidades que tenía en la ciudad. Pensaba que una criada los esperaba para atenderlos. Meditando en todo esto, olvidó que a su lado iba un hombre llamado Andrés y era su esposo. Comenzó a mirarlo de reojo. Cada vez le parecía más interesante y misterioso. ¿Por qué sería tan serio? Su mirada era demasiado triste. ¿Qué ocultaba? Cuando lo miraba se sentía incómoda. No podía alejar de su mente al joven campesino que fuera su novio de la niñez. Por ratos se hacía a la idea que era él e iban a su casa. Pero este Andrés que se había cruzado en su vida no le tocara un cabello porque no lo permitiría. Él se había casado solo por el dinero

de su madre, eso no se lo perdonaría jamás. Le amargaría los días que pasaría con él. Cuando su madre muriera se separaría. Lo amaba, estaba segura de ello, pero no podría ser feliz porque la sombra de su niñez volvía con más fuerza a su mente. De pronto lanza un grito diciendo: ¡Estamos en Yarumito! Y se puso a llorar tristemente.

Andrés asustado frena en seco preguntando qué sucede pero ella groseramente le dice que no le importa. Estuvo a punto a abofetearla pero se contuvo. Ya llegaría el momento de ablandarla cuando estuvieran en la cabaña.

Cuando llegaron Sarita no podía creer lo que veía. Un hermoso campo con su verde hierba, lleno de flores, el sonido de los pájaros, de las quebradas por donde seguramente corría agua cristalina y una preciosa casita muy pequeña en madera. Le gustó de inmediato, pero cuando entró no vio a la criada que los atendería. Seguramente ya llegará, se decía y sin ayudar a bajar las maletas se acostó poniéndose a llorar. Este campo le recordaba su niñez, su familia perdida y su noviecito. ¿Ya se casaría? ¿Qué diría si supiera que ella le pertenecía a otro hombre? Se juraron amor eterno. Pero ella sentía en lo más profundo de su alma y corazón que amaba a su esposo. Jamás sería feliz porque el recuerdo del primero siempre se lo impediría, al menos que lo encontrara diciéndole la verdad de que ella estaba bien, que la habían enterrado viva y todo su sufrimiento con Alejandro hasta que la adoptó Mariana de los Ríos. ¿Pero dónde buscar? No

podía ir preguntando de persona a persona si conocían una finca llamada Santa Rita. Tal vez si dijera la verdad a su marido, éste le ayudara a buscar. Era demasiado formal y por complacerla, tal vez le ayudara. Sarita sabía que Andrés era de este pueblo, podría conocer gente que le diera una pista. Vivía con este tormento. ¿Hasta cuándo duraría? Al fin la venció el cansancio y se durmió.

Andrés, por su parte, bajó el equipaje, después fue a la cocina y organizó las provisiones. Se colocó un delantal para no ensuciar su ropa mientras limpiaba la cabaña, prendió la chimenea, hizo comida para los dos, labor nada fácil puesto que tenían que cocinar con leña porque no había luz eléctrica.

Cuando tenía todo organizado despertó a su esposa para que comiera. Cuando ésta lo vio con el delantal se burló de él diciéndole que parecía una mujercita con esa indumentaria. Andrés nada comentó diciéndole que la esperaba en el comedor.

Andrés dobló el delantal, después de dejarlo en la cocina se sentó en el comedor a esperarla. La comida era una ensalada verde, frutas, pollo cocido, arroz, papa cocida y leche, nada de postres. Cuando ella llegó preguntó por la criada para que le cambiara la comida, porque a ella no le gustaba la ensalada y mucho menos el pollo cocido, le faltaba una buena salsa, además tomar leche sin postre, eso nunca. Al ver que él nada respondía y se dedicaba a comer en silencio, Sarita

furiosa, se fue para el cuarto y desde allí le decía mil improperios. ¿Quién creía que era ella? Estaba acostumbrada a comer muy bien, no probaría esa porquería. ¿Por qué no contestaba la criada? ¿Dónde estaba? ¿Qué clase de marido era él que no daba gusto a su esposa? ¿Por qué no iban a comer al pueblo?

Era lo mejor. Volvió al comedor y al ver que él continuaba comiendo sin hacerle caso, le propinó tremenda bofetada. Andrés, furioso le devolvió el golpe diciéndole:

- A mi me respetas. No soy un monigote con quien vas a jugar. Me casé contigo por hacerte un favor. El dinero de tu madre no me interesa. Por eso no quise viajar a Hawai. Era una farsa que no estoy dispuesto a consentir. Aquí harás lo que yo diga y punto. De mañana en adelante tendrás que hacer tus propias comidas porque no soy tu sirviente, o te mueres de hambre. -Mantendrás la cabaña organizada y la ropa de los dos bien lavada. Además, para tu información, no podrás salir de este campo porque escondí las llaves del carro y para estar más seguro chucé dos llantas de modo que estás a mi merced. Obedeces o te mueres de hambre.

Ella estaba mucho más furiosa que al principio. No podía creer lo que escuchaba.

De inmediato recordó que en una época de su vida el malvado Alejandro le

hablaba así y sintió miedo, pero no dijo nada acostándose sin comer.

Al otro día, como a las 10 de la mañana se levantó atraída por un delicioso olor a huevos con tocino y café. Al verlo comer con tanto placer sintió deseos de pedirle un poquito, pero recordando la bofetada del día anterior, entró de nuevo en el cuarto. Tenía hambre, pero no se lo diría ni lo demostraría. Andrés sabía que ella lo observaba y reía solo.

Esto es un principio se decía. Saldré para que ella haga sus huevos. Cuando esté en la cocina entraré y le diré que así es como tiene que ser una esposa, juiciosa y obediente con el marido.

Sarita esperaba ansiosa que él saliera. Afortunadamente sabía encender un fogón de leña. Sentía ira. Más de la mitad de su vida a lado de Mariana de los Ríos había sido llena de comodidades, con empleados que la atendían cuando ella hablaba. Ahora, por un capricho de su madre estaba casada con tipo que la obligaba a cocinar. Ya no lo veía tan atractivo y se decía cada rato: Ojalá se muera. Pero después se arrepentía pensando en que ella quedaría sola en esa cabaña abandonada.

Andrés salió. Por el vidrio de la ventana trasera la veía con el delantal puesto encendiendo el fogón de leña y a cada quemón decía: -Maldición. Después

sintió el olor a los huevos con tocino y aprovechó para entrar y sin que ella se diera cuenta se paró en la puerta de la cocina a observarla. Era tanta el hambre que tenía que comía allí parada, sin guardar modales. Cuando lo vio casi se muere del susto, sintió ira por verlo allí parado observándola y él con ironía le dice: -El delantal le luce mucho orgullosa Sarita de los Ríos y me alegró porque deberá utilizarlo todos los días. Después de desayunar ella salió a caminar, pero Andrés la seguía de lejos por si no encontraba el camino de regreso a la cabaña.

Lo que Andrés no entendía es por qué la joven lloraba tanto. ¿Por él? Era imposible. Es como si tuviera algún recuerdo nada grato.

Pero ¿qué sería? ¿Cuál sería la vida de esta joven antes de ser adoptada por la familia del sacerdote? Estaba seguro que él sabía la verdad sobre ella. El tenía derecho a saberlo, ya era su esposa y la amaba. Sentía remordimientos por quererla tanto. Estaba traicionando el amor de su infancia. Que su amada Sarita muerta le perdonara.

El tercer día en la cabaña, cada uno hacía sus labores y no se hablaban. Ella sentía siempre la mirada de él sobre ella y se sonrojaba. Lo amaba estaba segura. Quería que la besara, pero jamás se lo pediría.

Por su parte Andrés pensaba que le encantaría hacer el amor con ella, mimarla,

darle todo ese amor que parecía faltarle, cuidarla, hacer de ella una mujer feliz y quitarle esa mirada tan triste que mantenía pero sobre todo, si es que tenía algún secreto terrible ayudarla a superarlo. Pensaba que tal vez su padre la trataba mal de niña, o alguien se propasó con ella, en fin, se decía, eso tendrá que esperar. Estaba seguro del amor de su esposa. Se le veía en la mirada, pero era tanto su orgullo que no lo admitiría tan fácilmente.

Andrés ideó un plan para que ella hiciera las labores y lo cuidara a él, así ella se le acercaría un poco y podrían compartir mejor.

Al siguiente día salieron a caminar. Iban sin hablar, sin mirarse, cada uno observando el hermoso paisaje que tenían ante ellos. Para desgracia de Andrés, se le dobló el pie izquierdo y se le dañó el tobillo.

Sarita pensó dejarlo allí tirado, así se desquitaría de lo que él le hacía obligándola a cocinar, barrer y lavar ropa. Estos oficios le parecían grotescos y riéndose de él le decía que por engreído tenía su castigo y empezó a caminar de regreso a la cabaña, pero a los 20 metros se arrepintió y volvió ayudándolo a ponerse en pie y sirviéndole de bastón hasta llegar a la cabaña. Ella estaba en segundo semestre de medicina, así que era imposible no atenderlo.

Le ayudó a acostarse, le quitó el zapato y luego la media. Mientras lo hacía lo

miraba ponerse pálido por el dolor que sentía pero de sus labios no salía un solo quejido. ¡Qué hombre tan fuerte se decía! Pero después sentía remordimientos por admirarlo. Se fue a la cocina en silencio, preparó la cena de los dos, la sirvió elegantemente con lo poco que había en la cabaña y la llevó a la habitación donde él dormía. Al despertarlo él quedó admirado al ver que ella sí era capaz de ser útil sin protestar. Le agradeció la gentileza y comenzó a comer bajo la mirada de ella.

Andrés sabía que ella lo amaba pero nunca daría el primer paso, entonces él comenzó a quejarse del dolor y ella corrió tocándole la frente para ver si tenía fiebre, se quedó estática viendo como su mano recorría, no solo la frente del hombre, sino también el cabello, y el rostro, y su mano lo acariciaba tiernamente.

Andrés no moduló palabra alguna. Dejaba que la joven lo acariciara mientras él con sus ojos cerrados sentía la suavidad de la piel, su aroma a flores y por unos instantes creyó que era la muerta. Pero sabía que no era así. Debía olvidar de una vez por todas. Ahora la vida le regalaba esta hermosa joven de nombre Sarita y no quería perderla. Sus manos atrajeron a la joven dulcemente, la acostó con él cobijándola. Así, abrazados se quedaron dormidos hasta el otro día.

Esa noche Sarita tuvo un extraño sueño: Se veía a las puertas de la iglesia vestida de novia. Entraba del brazo de dos hombres idénticos pero al llegar al altar éstos

se fundían en uno solo. No entendía. Sabía que estaba acostada con el joven. Su brazo le daba calor y ese momento tan maravilloso no iba a dañarlo por el recuerdo de un niño campesino que jamás volvería a su vida.

Cuando la joven despertó no lo podía creer, sentía un delicioso olor a comida. Vio a Andrés en la cocina haciendo el desayuno, apoyaba su pierna ayudado por el palo de una escoba. Ella estaba vencida. Lo amaba. Tendría que decirle la verdad de su niñez. Solo así podría ser feliz con el hombre que era su marido. La finca y el niño campesino estaban bastante lejos de su vida. Entonces ¿por qué rechazar esta felicidad que la vida le daba? No lo haría.

Corrió a la cocina para ayudarle pero él la sentó sirviéndole un succulento desayuno. Ella, aunque no lo aparentaba se puso triste.

Así como él, cocinaba la mamá del niño campesino que fuera su novio. ¿Cómo era posible que a cada instante sintiera que era él y no el hombre universitario con quien se había casado? Decidida a luchar por este amor que la hacía feliz le dijo:

- Cuando llegemos a la ciudad debo comenzar tratamiento psíquico. Hay muchas situaciones de mi niñez que debes saber, de lo contrario jamás podré ser feliz. Andrés admirado al descubrir que ella también guardaba un secreto, le responde: - Lo mismo me sucede. Sólo el padre José Gabriel sabe mi calvario.

Entonces Sarita le dice: -No entiendo muchas cosas en esta relación, eso me disgusta y me pone nerviosa. Mi madre también sabe todo sobre mi dura niñez, porque has de saber que soy hija adoptiva de Mariana de los Ríos. Andrés escuchaba en silencio. Imaginaba que la joven nunca supo lo que era el sufrimiento, pero, al igual que ella, también la amaba y deseaba luchar por su felicidad.

Ambos jóvenes reconocieron el amor que sentía prometiéndose ser felices y no pelear más. Al recordar que se habían casado porque la anciana Mariana los obligó comenzaron a reír fuertemente. Sarita jamás lo había visto reírse. Se sentía emocionada al ver la hermosura de aquella boca tentadora con sus dientes blancos y perfectos. En un arranque de amor le dio un beso en la mejilla. Él con sus fuertes brazos la apretó besándola en la boca con gran pasión. Ella feliz correspondía al beso de su esposo.

Después de desayunar empacaron sus pertenencias metiéndolas en el carro. Se fueron rumbo a la ciudad, antes, decía Andrés, -debemos pasar por el seminario de misioneros y recoger al padre José Gabriel que hará una corta visita a su madre. La joven se sentía aún más orgullosa de su esposo. Era un gran hombre, bien educado, hermoso, elegante. De la nada se había hecho un gran psicólogo porque ella así lo consideraba. Cuando ambos terminaran sus respectivas carreras montarían una clínica donde trabajarán juntos por el bien de la

humanidad. Descendían de familias muy cristianas. Querían seguir el ejemplo de Jesucristo. A la gente de escasos recursos jamás le cobrarían un solo peso. Tenían la herencia de Mariana de los Ríos; no eran ambiciosos. Jamás trabajarían por dinero sino por amor al prójimo. Así se lo decían al padre José Gabriel que estaba feliz viéndolos tan unidos. Éste les dijo:

- Muchachos, ustedes son como mis hermanitos pequeños. Mi mamá los obligó a casarse por un motivo muy especial. Pero no soy yo la persona que debe decírselo. El corazón de cada uno de ustedes lo dirá en su momento.

Andrés le dice al sacerdote, - que Sarita, al igual que él tuvo una niñez muy dura y tan pronto llegaran a la ciudad hablarían de ello.

Fueron directamente a casa de la joven. Querían dar la sorpresa a la anciana, diciéndole que había logrado su propósito de unirlos. Después de abrazarla se sentaron en el recibidor dispuestos a hablar del pasado de los jóvenes. Ya se amaban. Ahora sí podrían saber quién era quién. Pero en esas llega un hermoso canario posándose en el hombro de Sarita. Comenzó a cantarle como cuando era niña. La joven con los ojos muy abiertos mira a los presentes aterrada. Sin modular palabra alguna perdió el sentido. Por más esfuerzos que hicieron la joven no volvía en sí. Al llevarla a la clínica el médico les dijo que tenía un pequeño ataque de catalepsia. Cuando Andrés escuchó esta palabra se puso a

llorar, los doctores no entendían qué le pasaba, pero Mariana y su hijo José Gabriel sí y decidieron que era el momento de decirle la verdad al joven sino enloquecería.

Sentados en el recibidor de la clínica, mientras madre e hijo narraban a Andrés el terrible sufrimiento de Sarita cuando la enterraron viva, cuando fue rescatada por Alejandro, el viaje a la ciudad, cómo la obligaban a pedir limosna, a robar, la negativa del hombre para informar sobre la familia de la niña, y como fue adoptada por la anciana. Él lloraba silenciosamente. ¿Por qué no se dio cuenta que era su amada Sarita de la niñez? Si cada vez que la tocaba sentía el contacto de quien creía muerta. Quería abrazarla, decirle quien era, pero la anciana y el sacerdote se lo impidieron. Era mejor esperar la autorización del médico.

Andrés estaba feliz. Reía por todo. Su rostro se iluminó y sus ojos se abrieron mucho más. Parecía como si la alegría que le faltaba hubiera entrado en ese momento llenando toda su alma y su vida.

La anciana le hizo prometer que regresarían a Yarumito tan pronto Sarita estuviera recuperada y la presentaría a su verdadera familia. Así lo prometió el joven que estuvo toda la noche cuidando el sueño de su amada esposa. En las horas de la tarde la joven fue dada de alta. Los ataques de catalepsia serían muy escasos. Con buenos cuidados, tranquilidad y mucha felicidad la joven podría

llevar una vida normal.

Ella se sentía fuerte. Cuando llegaron a la casa y en la habitación de la joven, mientras Mariana de los Ríos decía la verdad a Sarita, ella y Andrés abrazados lloraban felices sabiendo que su amor de la niñez había ido más allá de la muerte, porque aún sabiendo que ella había fallecido, el joven siempre le fue fiel en todo momento. Lo mismo hizo ella, que se había ganado el nombre de orgullosa y engreída porque jamás aceptaba los galanteos de ningún muchacho.

Mariana decía que ahora sí podría morir en paz porque los dejaba unidos para siempre. Ellos la abrazaban diciéndole que no se podía ir sin ver su primer nieto. El sacerdote y la anciana reían felices por la misión cumplida al unir estos dos jóvenes que tan dura prueba tuvieron durante su niñez.

Sarita decía a Andrés que no dejaría sola a su madre. Mariana estaba enferma. Vivirían con ella y así lo prometió el joven.

Como estaban impacientes por viajar a Yarumito, a la finca Santa Rita, la cual, después de escuchar su descripción recordaba perfectamente, el joven dijo que 4 días más tarde, cuando regresaran, recogería sus pertenencias.

CAPÍTULO SEXTO

Después de despedirse de Mariana, Andrés y Sarita, con su canario en el hombro como antes y el padre José Gabriel emprendieron nuevamente viaje a Yarumito. Después de dejar al sacerdote en el seminario, donde guardaron el carro, continuaron su aventura hacia el pasado. Era increíble, se decía Sarita, que estuviera viajando en escalera hasta ese sitio llamado la Estrella, después, había dicho Andrés, tendrían que caminar como tres o cuatro horas. A ella no le importaba. Solo quería llegar. Ver a sus padres, sus hermanos, sus esposas, sus sobrinos, los padres de su esposo, las hermanas, en fin la numerosa familia de ambos. Miraba el reloj cada 15 minutos, realmente esta impaciente. Él joven para distraerla, comenzó a cantarle como hacía cuando visitaban el campo y se sentaban junto a la fuente cristalina a jurarse amor eterno. Ella rompió a llorar de felicidad. Nunca pensó que este momento llegaría. El corazón le saltaba por la emoción.

Andrés solicitó a Sarita no darse a reconocer de inmediato porque los mataría del susto. Eran campesinos, además, una noticia de éstas, de golpe, asunta a cualquiera.

Cuando llegaron, toda la familia corrió a saludar al joven preguntando quien era la hermosa señorita que lo acompañaba. Él responde: - Madre, padre, hermanos

y demás miembros de la familia les presento a mi esposa. Todas las miradas se posaban tanto en ella como en el pajarillo que llevaba en el hombro, ¡se parecía tanto al otro! Se asustaron un poco.

-En año nuevo les había dicho que pronto volvería casado, decía Andrés. Ellas se enojaron porque no avisó con tiempo para matarles la gallina más gorda, arreglarles la habitación que era del joven cuando vivía en la hacienda.

Pero ella los tranquilizó diciéndoles que se sentía feliz. Todo lo miraba, abrazaba a sus padres y hermanos con tanta emoción que ellos no comprendían. Entonces Andrés les dijo: - A la hora de la comida no quiero que los niños se sienten a la mesa. Tenemos algo muy importante y grave para contarles. No queremos que ellos escuchen.

Los campesinos pensaron que Sarita se había casado embarazada. Ese era el misterio. Era tanta la curiosidad que sirvieron la comida una hora antes de la 7 de la noche, Después de bendecir la cena como era la costumbre familiar, nadie comenzaba a comer, todas las miradas estaban fijas en ellos, entonces el joven comenzó:

- Les presento a Sarita. La niña enfermiza que ustedes enterraron viva cuando tenía un ataque de catalepsia creyéndola muerta. Debieron esperar más tiempo

antes de hacerlo. Ansiosos decían los campesinos: - No entendemos ¿es que resucitó, es una muerta que vive? Y llenos de terror se santiguaban. Andrés les contó cómo Alejandro, el sepulturero la rescató y se la robó llevándola a ciudad donde la hizo padecer toda clase de vejaciones, como fue adoptada por Mariana de los Ríos. Alejandro siempre se negó a decir el sitio donde se hallaba la finca.

Los presentes se pusieron a llorar pidiéndole perdón, sobre todo la madre de la joven. Reconocía el poco amor que le tenía por enferma. Sarita los consolaba diciéndoles que ya los había perdonado y la felicidad que sentía por estar con ellos. No podrían decirle a nadie lo sucedido porque la creerían un fantasma.

Les dijo también que solo estarían cuatro días con ellos porque debían volver a la universidad, además su madre adoptiva se encontraba mal de salud y debían estar con ella, pero les prometieron que regresarían pronto.

Esa noche, en la habitación que fuera de Andrés durante su niñez, tuvieron su primera y verdadera cita de amor, entregándose el uno al otro con la gran felicidad que los acompañaba. El canario como siempre, estaba junto a los jóvenes en la pequeña camita que le hicieron. Del cajón del rústico nochero el joven sacó la trenza de ella y ésta emocionada reía feliz.

Al otro día cuando despertaron vieron que el pajarillo no cantaba ni se movía. Estaba muerto. Ambos lloraron pero sabían que el animalito estaba muy

ancianito. Era justo que descansara. Lo enterraron en el jardín de la casa colocándole un letrero que decía: A Piolín, nuestro mejor amigo, el que nos acompañó en los momentos más difíciles, pero también más felices de nuestras vidas.

Después se dedicaron a recorrer el campo, sobretodo los sitios donde tantos años atrás siendo unos niños se juraron amor eterno. Quién iba a decirles que su amor se haría realidad. Solo la bondad de Dios se los permitió y la constancia de ellos para permanecer fieles el uno al otro después de tantos años.

Sarita no quiso visitar la tumba donde fue enterrada viva tantos años atrás. No quería recuerdos tristes. Era una vida nueva llena de amor y gozo.

Radiantes de felicidad regresaron a la ciudad donde Mariana y el Padre José Gabriel los esperaban con una gran cena de bienvenida a la vida de la ciudad, a la vida radiante de la educación y la cultura. La anciana temía que se quedaran en la finca para siempre. Sarita abrazándola y con lágrimas en los ojos le decía que jamás la abandonaría. Ella era su verdadera madre ya que le dio todo el amor que la propia no supo darle por su enfermedad.

Después de la cena y ya entrada la noche, Andrés y Sarita sentados en el hermoso jardín de la terraza. se besaban con gran pasión, pero también se

arrodillaban y mirando al cielo daban gracias a Dios, una y otra vez por permitirles realizar su amor.

Registrada el día 5 de julio del 2.005

Libro 10 - Tomo 131 - Partida 115.

Medellín, Colombia, 24 de abril del 2.005.

Edición digital Pdf para la Revista Literaria Katharsis

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Rosario R. Fernández

rose@revistakatharsis.org

Depósito Legal: MA-1071/06

Copyright © 2009 Revista Literaria Katharsis 2009